

.iecah.

Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria
Institute of Studies on Conflicts and Humanitarian Action

Darfur, entre la marginación y la ignorancia

Wouter Cools

10

Cuadernos del iecah

Edición: Isabel Lorenzo Díaz y Fernando García Calero

Diseño: Alce Comunicación
Impresión: Perfil Gráfico

Edita: Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH)

Madrid, 2008

© IECAH

Derechos de reproducción prohibidos. Las solicitudes deben ser dirigidas al IECAH.

ÍNDICE

Presentación	5
Introducción	7
1. Las causas del conflicto	8
1.1. La región	8
1.2. El Estado sudanés	12
1.3. La dimensión local	15
1.3.1. Factores regionales	16
1.3.2. Factores medioambientales	16
1.3.3. Factores de política nacional	17
2. La dinámica del conflicto en Darfur	19
2.1. Primer estallido del conflicto armado: 1985-1989	19
2.2. La clara tendencia hacia un conflicto mayor	20
2.3. Yanyauid	22
2.4. El conflicto empeora	24
2.5. Acuerdo de Paz para Darfur (APD) 05/05/2006	25
2.6. Tras el Acuerdo de Paz para Darfur	26
2.7. La situación actual: surgen nuevas dimensiones	27
3. Los beligerantes y sus agendas	30
3.1. El régimen de al Bashir	30
3.2. Los yanyauid y los grupos que apoyan al Gobierno y/o a los yanyauid	31
3.3. Los rebeldes	32
4. La reacción de la comunidad internacional	34
4.1. Las Naciones Unidas	34
4.2. China	36
4.3. Rusia	37
4.4. Estados Unidos	37
4.5. La Unión Europea y los países europeos	39
4.6. La Unión Africana	40
4.7. Los países vecinos y la Liga Árabe	40
4.8. Política de Jartum frente a la comunidad internacional	41
4.9. Un genocidio en marcha	42
5. Perspectivas	43

Anexos	45
Tabla 1: Representación regional en los regímenes sucesivos tras la independencia	45
Tabla 2: Ingresos y gastos para cada región entre 1996 y 2000	46
Tabla 3: División de sedes en el Revolutionary Command Council (1989)	47
Tabla 4: División de ministerios tras el golpe de Estado de al Bashir y al Turabi	47
Tabla 5: Consejo Nacional para la distribución de recursos	47
Tabla 6: Fiscales Generales del Estado	48
Tabla 7: Evaluación de la población afectada y desplazados internos entre abril 2004 y enero de 2008	48
Tabla 8: Petróleo en Sudán	48
Mapa 1: Población afectada y acceso humanitario (marzo de 2008)	49
Mapa 2: Pueblos destruidos o dañados en Darfur entre febrero de 2003 y octubre de 2007	50
Mapa 3: Darfur con sus distintos grupos	51
Lista de Antropónimos, acrónimos, topónimos y otros términos utilizados en el Cuaderno	53

Presentación

Desde su creación en el año 2000, el Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH) ha venido realizando diversas tareas de investigación, formación, difusión y asesoría en el campo de la construcción de la paz y la prevención de los conflictos violentos. A este impulso corresponde este Cuaderno del IECAH, **“Darfur, entre la marginación y la ignorancia”**, centrado en el análisis de un conflicto que ha alcanzado ya desde hace tiempo un alto nivel de letalidad y para el que no se adivina una conclusión a corto plazo.

En sus páginas se pretende analizar no solamente su pasado y preocupante presente, sino también apuntar las posibles vías de salida para poner fin al prolongado sufrimiento de una población que no conoce más que la violencia desde hace décadas. Parece claro que los actores sudaneses, incluyendo a su propio Gobierno, no muestran una voluntad decidida para encontrar soluciones pacíficas a sus diferencias. Mientras tanto, la violencia de la región contamina progresivamente a otras áreas y países de alrededor, hasta el punto de convertirlo ya en un conflicto regional que exige la intervención directa de la comunidad internacional.

El autor –Wouter Cools, licenciado en Ciencias Políticas (U. de Gante), Master en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos (UAM) y colaborador del IECAH– ha llevado a cabo un considerable esfuerzo para encajar en estas páginas un estudio actualizado de una cuestión que integra claves socioculturales, políticas, económicas y de seguridad que movilizan a actores muy diversos con intereses contrapuestos.

Desde el IECAH deseamos agradecer al autor su valiosa aportación para continuar una labor que combina el estudio teórico sobre la construcción de la paz y la prevención de los conflictos violentos y el análisis de casos concretos que permiten extraer conclusiones y experiencias para hacer avanzar la agenda de la seguridad humana. Igualmente, deseamos expresar nuestro sincero reconocimiento a la Dirección General de Planificación y Evaluación de Políticas de Desarrollo (DGPOLDE) por su apoyo en la edición de este Cuaderno.

Jesús A. Núñez Villaverde y Francisco Rey Marcos
Codirectores del IECAH
Madrid, junio de 2008

Darfur, entre la marginación y la ignorancia

Wouter Cools

Introducción

Hablar de Darfur es hacerlo de violencia, marginación e ignorancia. Tanto el propio Estado sudanés como la comunidad internacional han hecho caso omiso de la región durante décadas y, aunque desde finales de 2003 el conflicto en Darfur ha recibido una notable atención tanto en la escena política internacional como en los medios de comunicación, sigue siendo general el desconocimiento sobre la amplitud de la crisis y el grado de miseria de quienes pueblan esta región de Sudán. Así se explica que muchos piensen que el conflicto estalló en 2003, cuando en realidad sus raíces se remontan a los años sesenta y ochenta del pasado siglo, época en la que ya era evidente que la región tendría grandes problemas económicos y sociales a causa, entre otras razones, de su fortísima degradación ecológica.

Durante demasiado tiempo la comunidad internacional apenas ha prestado atención a lo que allí venía ocurriendo, dejando que las tensiones provocasen un alto nivel de violencia ya en los años ochenta y noventa. A pesar de que en 2002 el conflicto era ya de gran magnitud, fue solo a partir de finales de

2003 cuando los medios de comunicación internacionales comenzaron a hacerse eco del desastre. Durante el año siguiente, Darfur pasó a ser definida como “la peor crisis humanitaria”, hasta que el *tsunami* asiático (diciembre de 2004) tomó el relevo mediático.

En estos últimos dos años, Darfur ha vuelto a ocupar espacio en los medios de comunicación y en la escena política, pero la realidad demuestra que la situación local y las tendencias generales con respecto al conflicto no han mejorado. En su lugar, el balance de los últimos cinco años de extrema violencia apunta ya a más de 300.000 muertos, 2,5 millones de desplazados internos y más de 4 millones de darfuríes afectados. La actitud de la comunidad internacional es escandalosa. Familiarizados con las maneras del régimen sudanés, y aun sabiendo a ciencia cierta lo que ha venido ocurriendo, la reacción solo ha sido en gran medida verbal. Ni los Gobiernos vecinos ni las organizaciones regionales e internacionales han mostrado el grado de voluntad necesario para movilizar los recursos imprescindibles para detener el desastre, ni para modificar las negativas tendencias de subdesarrollo e inseguridad que caracterizan a Darfur.

Las páginas que siguen pretenden demostrar que el conflicto en Darfur no empezó en 2003 y que es mucho más complejo que unos simples choques entre “árabes” y “africanos”. Esta complejidad es además cada vez mayor, pues siguen surgiendo nuevas dinámicas y la comunidad internacional es incapaz de intervenir de una manera adecuada. Y, a pesar de ello, esta intervención será necesaria para acabar con la violencia en la región, puesto que el propio Gobierno sudanés no tiene ningún interés en una solución pacífica. Para ello, su desarrollo se estructura en un primer apartado dedicado a estudiar las causas que explican el conflicto. Posteriormente se explica cómo el conflicto ha llegado a una situación que es cada vez más compleja por la fragmentación entre los grupos armados, la regionalización y la criminalización del conflicto. También se presta atención a las diferentes agendas de los protagonistas (el Gobierno sudanés, los rebeldes y los yanyauid) y a la actitud de la comunidad internacional frente la profunda crisis que asola la región.

1. Las causas del conflicto

Aparte del desinterés mostrado reiteradamente por la comunidad internacional para frenar la violencia en Darfur, hay que hablar también de un gran desinterés por entender la lógica del conflicto y reconocer las raíces profundas del mismo. Aunque los medios de comunicación no ignoran o minimizan la violencia, al contrario de lo ocurrido con el genocidio en Ruanda, hay otra vez una tendencia a redefinir el problema. Los artículos y los reportajes de los medios de comunicación de masas, y en gran parte también la literatura dirigida a especialistas, están a menudo caracterizados por una descripción simplificada, por no decir falsa, que tiende a explicar el conflicto en términos religiosos y culturales.

Plantear al mundo exterior que el conflicto en Darfur es una lucha tribal o étnica, es decir, entre la población árabe y la población africana, no corresponde con una realidad mucho más complicada.

Aunque es verdad que la población de Darfur puede ser dividida entre árabes y africanos, esta caracterización no lo explica todo. Esta descripción -en línea con el paradigma del nuevo barbarismo de Samuel Huntington y Robert D. Kaplan- ha sido utilizada para defender la no intervención de la comunidad internacional; cuando en realidad, y a pesar de la postura del Gobierno central sudanés, tal intervención es imprescindible para estabilizar la situación y para alcanzar algún día la resolución del conflicto. En lugar de hablar de un conflicto de base étnica, tiene más sentido hablar de tensiones que han adquirido carácter étnico. La causa principal del conflicto es de índole socio-económica y política, de forma que tenemos que situarlo en un contexto histórico mucho más amplio. Si queremos resolver el conflicto de una manera permanente es necesario analizar y destacar las verdaderas causas y dinámicas del problema. Como primera demostración de la complejidad del conflicto, resulta aconsejable estructurar el estudio de sus causas en tres niveles, teniendo en cuenta que cada uno de ellos se relaciona a su vez con los restantes.

1.1. La región

La zona que llamamos Darfur está situada en el extremo occidental de Sudán, limita con tres Estados -Libia, el Chad y la República Centroafricana- y tiene una superficie de 500.000 kilómetros cuadrados (casi igual a la de España). Como en muchas zonas del continente africano, las fronteras en esta región son irrelevantes, ya que las zonas fronterizas siempre vienen definidas por los flujos de bienes, personas, ideas... Lo que ocurre en este caso es que, cuando el propio país no tiene los medios o el interés para gestionar estos flujos interestatales, tales regiones son aún más vulnerables, al ser absorbidas por una dinámica negativa más amplia. En este sentido, Darfur sigue el mismo rumbo que Kivu, el Cáucaso o el norte de Uganda.

Cuando se habla de este conflicto en el contexto del continente africano, se suele hacer de forma muy

breve o para acentuar solo sus aspectos internos (competencia entre grupos por recursos económicos y políticos, corrupción, mala gestión, etc.). Y aunque estos aspectos valen también en el caso del Estado sudanés, sería un gran error atribuir lo que está pasando en Darfur solo a causas y dinámicas exclusivamente internas. Si excluimos el papel de la región y de las dinámicas regionales, se perderían muchos elementos esenciales con respecto a la comprensión del conflicto darfurí. Por desgracia, la realidad es más compleja que todo aquello reflejado en los discursos generalistas dirigidos a la opinión pública.

Por su localización, Darfur no puede escapar a las dinámicas políticas, sociales, económicas y ambientales que caracterizan la región nordeste de África y, más concretamente, a la región del nordeste del Chad, el sur de Libia y el noroeste de Sudán. Este territorio se caracteriza por su alto nivel de violencia e inestabilidad desde hace décadas, por lo que Darfur ha conocido en su historia más reciente varios períodos de violencia desbordada y una grave situación de inseguridad en los que han participado tanto actores estatales como no estatales, cuyas agendas han afectado a toda la región.

Limítrofe con el Chad, Darfur estuvo directamente implicada en la historia poscolonial de este país. Poco después de la independencia del Chad en 1960, el presidente del nuevo Estado, François Tombalbaye, estableció un régimen monopartidista dominado por el sur del país y caracterizado por su mala gestión y autoritarismo, lo que trajo consigo un aumento de las tensiones interétnicas que desembocó en una guerra civil en 1965. Como ya es sobradamente conocido, las fronteras de los nuevos países africanos que emergieron de la descolonización europea eran en su mayor parte artificiales, lo que deriva en que para muchos habitantes del continente sigan aún hoy sin tener ningún sentido. No es extraño, en consecuencia, que problemas locales se traduzcan con facilidad en conflictos transnacionales y en una dinámica de *spill-over* imparable en muchas ocasiones. Darfur es

un buen ejemplo de ello. La frontera entre el Chad y Sudán no se debe a una división física, económica, étnica o ecológica. La relatividad de las fronteras internacionales que limitan Darfur se refleja, por ejemplo, en que Human Rights Watch afirmaba en un informe de 2004 que la frontera entre Darfur y el Chad tiene una longitud de 1.000 kilómetros, mientras que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) comunicó en el mismo año que era de 800 kilómetros¹.

Debido a que los mismos grupos vivían a ambos lados de la frontera y a la ausencia del Estado sudanés en la provincia, Darfur era y todavía es un contexto favorable a la eclosión de rebeldes chadianos. De ahí que la creación de un movimiento rebelde como el Frente de Liberación Nacional del Chad (FROLINAT, en sus siglas francesas) en 1966 en Ñala (actual capital de Darfur Sur) fuera una consecuencia lógica de esta realidad. Darfur se vio aún más implicada en la lucha chadiana por el poder, porque el régimen del Partido de la Umma de Sudán apoyaba claramente a los rebeldes, viendo el conflicto en el Chad desde la misma perspectiva que su propia guerra civil; es decir, como un enfrentamiento entre los musulmanes del norte y los cristianos del sur. Lamentablemente para los darfuríes, el FROLINAT se caracterizó por un alto fraccionamiento interno, lo que desembocó en la violencia entre facciones y en un aumento generalizado de la inseguridad en toda la provincia. Ésa fue la razón por la que el entonces nuevo líder militar de Sudán, Jafat Mohamed al Numeiry, decidió la expulsión de FROLINAT de Darfur; lo que no impidió que la región siguiera fuera de control por la crisis estatal del Chad y, añadido a ello, por la implicación de otro Estado en el conflicto.

Libia limita también con el Chad y tanto esa proximidad geográfica como la orientación de la política exterior del régimen libio han llevado a su creciente implicación en la zona. Cuando Muamar Gadafi llegó al poder en 1969, la nueva política regional libia comenzó a atormentar al Chad y a Darfur.

¹ Francis, David J. (editor) (2005): *Civil militia: Africa's intractable security menace*, Aldershots, Hants, pp. 131-151.

Después de la muerte del histórico presidente egipcio Gamal Abdel Naser, Gadafi empezó a considerarse como el nuevo líder ideológico del mundo árabe, convirtiéndose en un fervoroso defensor del nacionalismo árabe. En los años setenta Gadafi empezó a poner en práctica su visionaria idea de la creación de un cinturón árabe en todo el norte de África y la caída del régimen del Chad era su primer objetivo. Aunque es cierto que el joven Gadafi era un convencido nacionalista árabe, su llamada a la creación de un imperio árabe en África del Norte se debe interpretar

como un instrumento para encontrar aliados y obtener la franja de Auzú, una franja de territorio en el norte del Chad junto a la frontera con Libia, famosa por sus potenciales depósitos de uranio. Asimismo, ansiaba anexionarse el Chad o establecer un régimen aliado, de manera que pudiera utilizar ese país como base para la extensión de su influencia en África Central.

Así, Gadafi empezó a apoyar al FROLINAT y a otros movimientos árabes opositores, poniendo a su disposición bases y campos de entrenamiento militar en su territorio (entre estos movimientos se contaba la oposición sudanesa, es decir, el Partido de la Umma, de Sadiq al Mahdi, y su ala militar, el Ansar). En paralelo, el líder libio estableció en 1972 “una Legión Islámica” (en árabe, Failaka al Islamiya), como una fuerza paramilitar panarabista concebida como la vanguardia de sus planes de arabización y unificación de la región. Una milicia, en definitiva, reclutada en todo el Sahel con el total apoyo libio, orientada a hacerse con el Chad y Sudán.

A partir de los años setenta, las armas libias y la propaganda panarabista se propagaron por toda la

región, incluyendo a Darfur, cada vez más afectado por las dinámicas regionales. Cuando Tombalbaye fue asesinado en 1975, Numeiry cambió su postura y adoptó una actitud más conciliadora hacia el nuevo régimen del Chad, entonces todavía dominado por las élites del sur del país. Gadafi, por su parte, reaccionó firmemente contra lo que interpretó como un acto de traición por parte de Numeiry y lanzó una invasión, pasando por Darfur, –con unos 1.200 milicianos sudaneses entrenados y equipados por Trípoli en campos del sureste del país–, con el claro objetivo de derrocar al régimen de Numeiry. Aunque lograron ocupar durante algunos días la capital, Jartum, las milicias de Gadafi fracasaron en su ofensiva. Como represalia, Numeiry, que entendió que los darfuríes habían apoyado esta invasión, llevó a cabo una dura represión en Darfur y, simultáneamente, empezó a apoyar a los rebeldes chadianos de Hissène Habré, un ferviente opositor al régimen libio llegado al poder en 1982. Esto llevó a que las tropas de Habré (Fuerzas Armadas del Norte) se establecieran con firmeza en Darfur, desde donde atacaron al ejército chadiano. Pese al fracaso de su invasión, Gadafi logró mantener su presencia en Darfur, desde donde podía seguir apoyando militar y económicamente a los grupos de rebeldes chadianos que allí se encontraban, al tiempo que alimentaba los deseos de la oposición sudanesa para derrocar a Numeiry (cabe recordar que en 1977 el entonces líder de los Hermanos Musulmanes sudaneses, Hasán al Turabi, lanzó una nueva invasión desde Libia con ese mismo propósito). Así fue como Gadafi empezó a ver a Darfur como una plataforma contra Numeiry y el régimen chadiano de Habré. Éstas eran las razones principales por las que el líder libio quería anexionar la provincia, como de hecho acabaría haciendo.

A finales de esa misma década, Darfur se había convertido ya en el campo de batalla entre Libia, el Chad y Sudán y, de esta manera, el juego regional empeoraba el paisaje étnico-político local. Debido a la pervivencia y dureza del conflicto entre estos tres países, las proclamas nacionalistas arabistas, étnicas y racistas, utilizadas por todos los actores involucra-

En los años setenta Gadafi empezó a poner en práctica su visionaria idea de la creación de un cinturón árabe en todo el norte de África y la caída del régimen del Chad era su primer objetivo

dos, acabaron encontrando receptividad en el contexto social y en la mentalidad de la población. Mientras que las tribus de Darfur se habían definido hasta entonces ante todo en términos locales, ahora se vieron progresivamente arrastradas a un mundo artificial mucho más amplio, en el que se les exigió definirse como “árabes” o como “africanos”.

En los años ochenta Libia fortaleció su presencia en Darfur. En primer lugar, apoyó la creación del Tajammu al Árabi o Agrupación Árabe en Darfur a mediados de la década. Esta organización racista y panarabista acentuó el carácter árabe de la provincia, y dado que sus miembros y sus fuentes de apoyo coinciden de nuevo en el Failaka al Islamiya, se puede concluir que la distinción entre los dos es bastante ambigua. La segunda intervención directa por parte de Gadafi fue su alianza con los mahamid, que son la sección más grande de los abala rizeigat (nómadas árabes criadores de camellos) y que viven en el norte de Darfur. A cambio de servir como intermediarios de Gadafi, los mahamid recibían armas y dinero. Uno de sus líderes más importantes y responsable del aprovisionamiento de armas era Musa Hilal, al que hoy muchos ven como el líder principal de los yanyauid.

Aparte de los milicianos de la Legión Islámica y de los grupos rebeldes chadianos, muchos otros árabes cruzaron el desierto hacia Darfur como respuesta a la llamada y al dinero libio. El régimen de Habré reaccionó a través de incursiones dirigidas a los rebeldes chadianos, las fuerzas libias y las fuerzas del Failaka al Islamiya. Jartum, sin embargo, no hizo nada contra la política instigadora de Gadafi, e incluso permitió a Libia utilizar Darfur como base de operaciones para atacar al Chad a cambio de armas que fueron utilizadas en la guerra civil. Algunos árabes darfuríes, dejándose guiar por este viento de supremacía árabe lanzado por Gadafi, se asociaron con milicias árabes y rebeldes chadianos, lo que condujo a la creación de lo que podríamos llamar, con algunas precauciones, una dicotomía árabe-africana en Darfur. Lo cierto es que, tras generaciones de inmigración y matrimonios mixtos, esta dicotomía, que acabaría polarizando a la población de Darfur, es más

bien el producto de una ideología racista que el reflejo de la realidad social de la región.

En aquella época, el propio Gobierno sudanés ya era directamente responsable del aumento de las tensiones entre los distintos grupos de Darfur. Cuando el régimen de Numeiry cayó en 1985, el nuevo Gobierno civil, bajo el Partido de la Umma, firmó un acuerdo de defensa con Gadafi. A cambio de petróleo, dinero y armas para la lucha contra los rebeldes del sur, Libia recibía así el permiso para utilizar Darfur como puerta trasera al Chad. Las tropas libias –y con ellas también las armas de fuego y un discurso de supremacía árabe– entraron directamente en Darfur. La fuerza militar libia empezó a armar a los bagara rizeigat de Darfur (nómadas árabes que habían sufrido más que otras poblaciones por la hambruna y la sequía de 1984-1985), percibidos por Gadafi como sus aliados locales, y a nuevos grupos de rebeldes chadianos. Libia también aumentó su participación en las milicias árabes establecidas en esa época por el régimen de Sadiq al Mahdi –así fue en relación con las milicias llamadas murahlín, reclutadas principalmente entre los bagara rizeigat, de Darfur, y los misi-ríya, de Kordofán–, con la intención de utilizadas contra el Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán (ELPS).

Otra intervención directa ocurrió a finales de 1987, durante la primera fase de la guerra civil en Darfur, cuando Libia entregó armas a sus aliados salamat con el mensaje de aterrorizar a los “darfuríes africanos” para que aceptasen la anexión de la provincia por parte de Libia. Es importante mencionar que dicha política libia fue tolerada por la administración provincial y apoyada activamente por el Gobierno de Sadiq al Mahdi, lo que tuvo como consecuencia que esa dicotomía árabe-africana se fortaleciese, llevando a una reinterpretación cada vez más fuerte de las tensiones económicas y sociales en términos étnicos y raciales. Además, al igual que ocurrió en Somalia, la introducción de una elevada cantidad de armas ligeras y el acceso fácil a las mismas –en esta época, un *kalashnikov* costaba apenas 40 dólares estadounidenses en un mercado en

Darfur²– contribuyó decisivamente a transformar el orden moral en Darfur.

A finales de los ochenta las intervenciones extranjeras en Darfur llegaron a su fin. Las tropas de Gadafi habían perdido una batalla decisiva contra Habré en 1987, lo cual llevaría a la disolución del Failaka al Islamiya y a un acuerdo, dos años más tarde, sobre Auzú entre los dos Estados. El apoyo a Idriss Déby, que desde Darfur derrocó a Habré en diciembre de 1990, fue la última gran intervención en los asuntos internos del Chad. Sin embargo, la llegada de Déby al poder en Yamena no implicó que Darfur dejara de ser el campo de las guerras interestatales. Existen algunos factores que ayudan a entender por qué Yamena estuvo involucrado en la rebelión darfurí desde sus inicios. En primer lugar, el propio Idriss Déby, que es un zagaua chadiano, recibió el apoyo de Libia, del nuevo régimen de Sudán y los zagaua darfuríes en su invasión. Además, éstos últimos contribuyeron a la reagrupación de sus tropas, el Movimiento Patriótico de Salvación (MPS), en 1989 en el norte de Darfur, y servirían más tarde en sus fuerzas armadas (especialmente en su Guardia Republicana). En segundo lugar, tanto la élite zagaua chadiana, que ha ocupado casi todos los puestos importantes en el régimen desde 1990, como varios miembros de la propia familia de Déby, siempre han tenido fuertes lazos de solidaridad con sus hermanos al otro lado de la frontera³.

Desde mediados de 2004, esa situación empeoró cuando Sudán empezó a apoyar a los rebeldes chadianos de Mahamat Nur –es decir, al Front Uni pour le Changement (FUC)–, mediante el suministro de armas, el entrenamiento militar y el establecimiento de bases militares en Darfur. Todo ello con la intención de utilizar a los rebeldes como aliados apoderados en la lucha contra Déby, de quien Jartum sospechaba que apoyaba a los rebeldes darfuríes (tal vez por eso, el actual régimen de Omar Hasán Ahmed al

Bashir está convencido de que el conflicto en Darfur terminará rápidamente tras un cambio de régimen en el Chad). Aunque es difícil saber quién comenzó a apoyar primero a los rebeldes de su Estado vecino, lo cierto es que Déby también hacía uso de los rebeldes darfuríes para luchar contra los rebeldes chadianos y contra Jartum. De hecho, el grupo rebelde darfurí Movimiento de Justicia e Igualdad (MJI) ayudó, por ejemplo, al Ejército chadiano en la defensa de Yamena ante el ataque de rebeldes chadianos en abril de 2006 y en febrero de 2008. En definitiva, se puede concluir que cuarenta años más tarde, Darfur todavía tiene un papel clave en las rivalidades interestatales de la región y, por lo tanto, solo habrá paz en la región si hay paz en Darfur.

1.2. El Estado sudanés

Se puede decir que Darfur, después de su incorporación a la colonia sudanesa británica en 1916, se convirtió casi inmediatamente y hasta hoy en una zona periférica. Hasta la independencia sudanesa en 1956, Londres no invirtió prácticamente nada en Darfur, pues todo el esfuerzo se concentró en Jartum. Gérard Prunier explica en su libro *Darfur: The ambiguous genocide* cómo al final del colonialismo el 56% de todas las inversiones iban a Jartum y a las regiones del norte, a Kasala y al Territorio del Norte, mientras que solo un 5-6% iba a Darfur⁴. De hecho, Londres no quería que la provincia se desarrollara y, como consecuencia, no había casi escuelas, ni maternidades, ni ningún avance hacia una mínima industrialización. En resumen, la administración colonial en Darfur únicamente se ocupó de establecer un sistema jurídico como parte del proceso de creación del sistema “Native Administration” –que no es nada más que la aplicación de lo que en inglés se conoce como *indirect rule*, es decir, mantener el

² Flint, J. y Waal, Alex de (2005): *Darfur: a short history of a long war*, Zed Books, New York, p. 48.

³ Africa Confidential (2006): “Déby hangs on”, *Africa Confidential*, vol. 47, n.º 9, p. 6.

⁴ Prunier, Gérard (autor) (2005): *Darfur: the ambiguous genocide*, Hurst & Company, London, pp. 32-33.

orden y la paz con costes mínimos a través de la conservación del sistema tribal⁵. A pesar de todo, se debe admitir que el sistema "Native Administration" funcionó muy bien para los intereses británicos entre 1916 y 1956.

Sudán salió del colonialismo como un Estado frágil, caracterizado por todos los problemas que muchos países africanos tuvieron una vez alcanzada su independencia. Las consecuencias directas de la colonización británica eran el subdesarrollo de la mayor parte del país y la falta de una identificación nacional con el nuevo Estado, a lo que se sumaban grandes esperanzas sobre el futuro, especialmente en las zonas de la periferia. Sin embargo, como en tantos países africanos, el modelo de Estado no cambió después de la independencia y la situación socio-económica siguió siendo lamentable en la periferia; así, sucesivas guerras civiles y rebeliones arrastrarían a muchos de esos países y a la gran mayoría de su población hacia crisis más graves. En este sentido, Darfur no fue una excepción.

En el ámbito político, la marginación de Darfur continuó después de la independencia. El poder político (y económico) de las sucesivas oligarquías civiles y militares se concentró en las manos de la élite de tres grupos: los shaygiya, los jaalimyín y los danagla, que viven al borde del Nilo y al norte de Jartum y que englobaban al 5,4 % de toda la población sudanesa⁶ (véase: Tabla 1).

Fue en el cambio de década cuando dos grupos clandestinos articularon su descontento con la dominación del norte en el nuevo Estado. Ambos apostaban por un Estado más inclusivo y con más derechos para los darfuríes, tanto para los grupos africanos como para los árabes. Así, en 1963, surgió el Frente de Desarrollo de Darfur (FDD); una organización política que se componía de darfuríes africanos y árabes cuyo fin era defender los intereses de la región en el ámbito nacional. En 1965 el Partido del Mahdí y el Frente de la Carta Islámica (los Hermanos

Musulmanes) ganaron las elecciones en Darfur. Ese evento se tiene que interpretar como una nueva señal para Jartum (donde gobernaba entonces el Partido de la Umma) que indicaba que los darfuríes estaban cada vez más desilusionados con la manera en la que estaban siendo tratados. Sin embargo, la élite en Jartum siguió sin prestar atención a su provincia occidental. Es muy importante el hecho de que esa marginación socio-económica y política era regional y no racial, étnica ni cultural; de modo que tanto los grupos africanos como los árabes eran igualmente excluidos. A pesar de que Numeiry empezó a prestar algún cuidado a Darfur tras la invasión frustrada, esto no cambió para nada el estado subdesarrollado de la provincia; en esencia, para Jartum esa tierra solo era relevante desde la perspectiva de su juego regional con el Chad y Libia. Numeiry quería reforzar su control sobre Darfur mediante la manipulación de las administraciones provinciales, pero ese cálculo geopolítico tuvo lugar, entre otras cosas, a costa de las relaciones sociales en Darfur.

Aunque Darfur ganó cierta importancia en Jartum, su abandono político continuó sin cambios. Los pocos proyectos de desarrollo del Gobierno no eran más que simbólicos y no tenían ningún impacto en la agricultura local. Frente a la gran amenaza de falta de agua que trajo consigo una reacción urgente, la realidad era que los fondos para proyectos de agua fueron físicamente robados (kilómetros de tuberías se quedaban en Port

La falta de expectativas de mejora en Darfur llevó a que muchos jóvenes frustrados ante el permanente estado de abandono y marginación desde Jartum, se afiliaran a los Hermanos Musulmanes de Hasán al Turabi a partir de los años setenta

⁵ Daly, M. W. (autor) (2007): *Darfur's sorrow: a history of destruction and genocide*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 133-181.

⁶ Flint, J. y Waal, Alex de, *op. cit. id.*, pp. 17-18.

Sudán mientras el Gobierno seguía negando la existencia del problema). Cuando el gobernador de Darfur, Ahmed Ibrahim Diraique (un antiguo miembro del FDD) escribió una carta a Numeiry en 1983, en la cual advertía de la llegada de una hambruna que podría producirse inevitablemente al año siguiente si no se llevaba a cabo un apoyo alimentario significativo, Numeiry obvió la existencia de tal amenaza. Frente a otro informe, de principios de 1984, de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación sobre la precaria situación derivada de un déficit alimentario en Darfur de al menos 39.000 toneladas, Jartum reaccionó proporcionando solo 5.400 toneladas⁷.

En realidad, los únicos que realmente reaccionaron a favor de Darfur en 1984-85 fueron los Estados Unidos. Numeiry era percibido por Washington como un bastión contra Gadafi y el régimen comunista del etíope Haile Mariam Mengisto. Sin embargo, tanto para la población de Darfur como para Numeiry –que fue destituido en 1985 y relevado por el Partido de la Umma (aliado de Libia) en las elecciones posteriores– la ayuda estadounidense llegaba demasiado tarde. La firma de un acuerdo de defensa entre el nuevo gobierno y el régimen libio provocó que Washington, responsable del 80% de la ayuda alimentaria (de la que ni siquiera un tercio del total llegaba a su destino en Darfur y Kordofán), revisase su política. En mitad de esas turbulencias políticas una hambruna totalmente evitable, que duró de agosto de 1984 hasta noviembre de 1985, segó la vida de unos 95.000 darfuríes⁸. En términos generales puede afirmarse que la actitud del Gobierno sudanés con respecto a su provincia fue aún peor que en la época de Numeiry, al añadir a la política de incitación pasiva una aversión a los grupos no árabes y un apoyo activo a la confrontación.

La falta de expectativas de mejora en Darfur llevó a que muchos jóvenes frustrados ante el permanente estado de abandono y marginación desde Jartum, se

afiliaran a los Hermanos Musulmanes de Hasán al Turabi a partir de los años setenta. Pensaban que el islam político era la solución a las crisis políticas y a la falta de desarrollo económico en Sudán. Entendían que los Hermanos Musulmanes ofrecían una nueva fórmula política y social, sin corrupción, que podía trascender las divisiones sociales, tribales y étnicas. La esperanza era muy grande cuando, en marzo de 1989, un grupo formado por militares –que estaban bajo la protección de al Bashir–, e integrado también por islamistas –controlados estos por al Turabi y su Frente Islámico Nacional (FIN)–, tomó el poder en Jartum. Por desgracia, la marginalización de Darfur no hizo más que aumentar a partir de entonces. Las políticas económicas de los nuevos responsables gubernamentales eran desastrosas y pronto se tradujeron en una hiperinflación descontrolada. Además, la política exterior del FIN alienaba Sudán con el mundo árabe y occidental –un ejemplo de ello fue que Jartum apoyó a Sadam Husein en 1990-1991 y tuvo, durante toda la década de los años noventa, un papel de fuente financiera y de huésped para terroristas como el propio Osama ben Laden. Una de las consecuencias de esta orientación política fue la paralización de la ayuda exterior a una población que ya había sufrido mucho. La situación para la población era límite; así, cuando el Gobierno central se mostró indiferente frente a una nueva gran sequía en 1990 –al rechazar que se trataba de una situación de emergencia por la escasez de alimentos–, de nuevo faltaban 1,2 millones de toneladas de alimentos y solo la mitad de la ayuda necesaria había sido distribuida por la comunidad internacional debido a la política exterior de Sudán.

No puede extrañar que en esas condiciones volviera a resurgir en Darfur la idea de desencadenar una lucha armada para acabar con su estado de exclusión. Se produjo de ese modo una nueva oleada de lucha armada que, básicamente, consistió en apoyar la incursión de Daud Bolad, un darfurí miembro

⁷ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, pp. 50-52.

⁸ Waal, Alex de (1989): *Famine that kills 1984-1985: Darfur, Sudan*, Oxford University Press, Oxford, p. 272.

del ELPS, y de su grupo de combatientes, liderados por el que fuera el líder del Ejército/ Movimiento de Liberación del Pueblo de Sudán desde 1983 hasta su muerte en 2005, John Garang. Esta incursión fracasó estrepitosamente. Y el disgusto acabó derivando en un creciente abandono del movimiento islámico por muchos darfuríes, sobre todo tras la expulsión en 1999 de Hasán al Turabi del Partido del Congreso Nacional (PCN), fachada política del FIN a partir de 1998. Estos darfuríes desilusionados formarían más tarde las raíces intelectuales de uno de los movimientos protagonistas entre los rebeldes: el ya citado Movimiento de Justicia e Igualdad.

Cuando en 1999 se empezó a producir y a exportar petróleo, la tendencia a concentrar las inversiones en ese atractivo sector solo fortalecía las tensiones. Algunos darfuríes intentaron cambiar las cosas de una manera pacífica, mediante la publicación en 2002 de un manifiesto llamado *The Black Book: Imbalance of Power and Wealth in Sudan*. Aunque en él no se decía nada nuevo y a pesar de que muchos sudaneses ya sabían cómo era la estructura del poder y del bienestar en su país, ese documento fue un nuevo aviso importante a Jartum, ya que por primera vez las desigualdades y la exclusión fueron expresadas explícitamente (véanse: Tablas 3, 4, 5 y 6). Sin embargo, el Gobierno central solo reaccionó rechazando firmemente las acusaciones recibidas. Sus principales preocupaciones nacionales e internacionales no cambiaron y su prioridad siguió centrada en el mantenimiento del poder y en la guerra con el sur.

Son estos factores los que confirman la idea expresada más arriba: la política desarrollada por los sucesivos Gobiernos sudaneses explica en gran medida el conflicto en Darfur. En realidad lo mismo puede decirse de lo que ocurre en otras zonas del país como en el Campo de Beya (nordeste de Sudán), en la Provincia del Nilo Azul, en las Montañas de Nuba y en Kordofán, en los que eran y son evidentes las tensiones y los

choques, aunque sea en una escala menor. Ése es trasfondo del mensaje de un líder tan influyente como John Garang, cuando reclamó la idea de un “New Sudan”; es decir, un Sudán descentralizado, unificado, democrático y secular. Estas ideas de Garang han influido, sin duda, en personas como Abdel Wahid Mohamed Ahmed Nur y Minni Arkoï Minai, posteriores líderes del movimiento de rebeldía darfurí.

Está claro que Garang consideró Darfur como un medio para su propia causa, mucho antes de que la región se convirtiera en el escenario principal de una guerra civil. Su idea de poner a Darfur bajo su influencia y desde allí derrocar al Gobierno central, no se vio coronada por el éxito debido al fracaso de su agente, Daud Bolad. Sin embargo, cuando la rebeldía en Darfur empezó en 2002-2003, Garang solamente podía estar agradecido, pues la presión en Jartum solo aumentó en el momento en que estaba negociando con el E/MLPS. Así lo entienden Victor Tanner y Jérôme Tubiana, de Small Arms Survey, al plantear que políticamente la rebeldía en Darfur venía muy bien al plan de Garang de ser el nuevo líder de un “New Sudan” unido⁹.

1.3. La dimensión local

Ya antes de la colonización, la dinámica local en Darfur era bastante conflictiva. Los recursos naturales (pozos, tierra de labranza, prados...) y la propiedad de la tierra eran causas de numerosas fricciones entre los grupos que habitaban esta tierra. El sistema del reparto de la tierra en Darfur, que desde hace décadas y hasta hoy domina las relaciones entre sus habitantes, tiene su origen en la exclusión de algunas tribus árabes de la propiedad y el usufructo de la tierra. Dado que gran parte de las tribus árabes eran nómadas y pastores, no sentían inclinación por la propiedad de tierras pequeñas y preferían las superficies vastas para moverse¹⁰. No obstante, debido a

⁹ Tanner, V. y Tubiana, J. (2007): “Divided they fall: the fragmentation of Darfur’s rebel groups”, *The Small Arms Survey. HSBA Working Paper*, 6, Geneva, p. 22.

¹⁰ Ali Ibrahim, Haydar (2007): *La crisis de Darfur: causas y perspectivas de futuro*, Casa Árabe, Madrid, pp. 5-6.

la prohibición para algunos árabes de poseer tierra y a la escasez de recursos naturales, los incidentes eran ocasionales. Se podría decir que el sistema funcionaba relativamente bien gracias a la intermediación eficaz entre el sistema tradicional jurídico y el propio sistema de propiedad. El sistema permitía a los árabes acceder al agua y los pastos, en tanto que las tierras por las que podía pasar el ganado sin dañar los cultivos estaban delimitadas, como también lo estaban los períodos después de la cosecha en los se permitía el pastoreo en zonas agrícolas y la utilización del resto de los cultivos. Sin embargo, como ya se ha dicho, había luchas ocasionales en las que, en la mayoría de los casos, se enfrentaban nómadas y pastores (de camellos o de vacas y ovejas) con agricultores. Cabe decir, por tanto, que los conflictos ya estaban presentes antes de la independencia, pero sin que tuvieran carácter estructural ni fueran tan complejos como hoy en día. Lamentablemente, esta situación local empeoró y se vio complicada por nuevos factores medioambientales, administrativos y políticos, tanto regionales como nacionales.

1.3.1. Factores regionales

Como ya se ha mencionado antes, el discurso racista y arabista de Gadafi afectó a parte de la comunidad árabe en Darfur. Esto llevó a una polarización “étnica” entre “tribus africanas”, por un lado, y “tribus árabes”, por otro. La primera demostración de esta radicalización por parte de algunos árabes fue al principio de los años ochenta. Tras la victoria de los fur en las elecciones regionales surgió la idea de que los árabes tenían que enfrentarse con los “africanos” para acabar con su marginalización política. La Agrupación Árabe publicó un comunicado, *Qoreish 1*, en el que difundía la idea de que Darfur pertenecía a los árabes. Aunque no se puede dudar de que el discurso de supremacía árabe y la vuelta de los darfuríes que habían disfrutado de una instrucción

militar e ideológica en Libia y en las guerras contra el Chad jugaran un cierto papel, no se puede afirmar que fueran éstas las causas principales del conflicto. Antes bien, este discurso maduró a partir de dinámicas locales más antiguas, que ya desde mucho antes, y no necesariamente según un eje étnico, polarizaban a la población darfurí, pudiendo dar lugar a divisiones más graves.

Estas dinámicas locales consistieron, concretamente, en la desertificación de la región y el estatus de las tribus con representantes en el Gobierno regional. Aunque la existencia de estas dinámicas no siempre polarizaba a todos los grupos de Darfur, dejaba que la ideología de supremacía árabe y el lema de “Darfur para los árabes” tuvieran ya cierto eco a finales de los años sesenta.

1.3.2. Factores medioambientales

Las tensiones crecían por el aumento de la desertificación y la degradación ecológica de la región. Este proceso no solo es de índole ecológica, sino que también se debe a malos o inadecuados métodos agrícolas y a políticas económicas que solo empeoraban la degradación y la desertificación. El Gobierno sudanés, por ejemplo, daba una alta prioridad a la ganadería y esto es algo que ha contribuido aún más al deterioro ecológico. Sin embargo, éstas no fueron las causas principales del deterioro de la situación, sino la ignorancia casi total del Estado sudanés acerca del problema del cambio ecológico en Darfur.

El Gobierno no hizo nada para estimular el uso de métodos sostenibles ni para frenar la deforestación incontrolada. Aunque el proceso de degradación ecológica ya empezó en los años treinta del pasado siglo¹¹, fue en los años sesenta y ochenta cuando se aceleró, debido fundamentalmente a las sequías persistentes que azotaron la región. Esto se reflejó en una fuerte caída de la productividad, lo que forzó a muchos grupos a desplazarse o a buscar otros medios

¹¹ Daly, M. W., *op. cit. id.*, pp. 141-229.

para sobrevivir. Por su escasez, los prados fértiles se convirtieron en terrenos valiosos, mientras que las regiones en el norte quedaron asoladas, resultando imposible cultivar en ellas (en los últimos cuarenta años el Sahara ha avanzado unos 100 kilómetros hacia el sur¹²). Puesto que el Gobierno central no hizo nada contra este proceso, ni tampoco por llevar a cabo una política de control de la natalidad en Darfur, la competencia por el acceso al agua y a las tierras fértiles ha sido cada vez más dura. Debido a la continua devaluación de su tierra –cuyo resultado es una producción progresivamente menor– y a la falta de precipitaciones, se produjo una expansión horizontal del cultivo por parte de agricultores sedentarios, como los fur y los masalit. Así fue como éstos se adueñaron de las rutas migratorias de los nómadas, forzando a los pastores de camellos árabes a ir más al sur en su búsqueda de prados. Agricultores, pastores y nómadas eligieron no seguir compartiendo los prados, de forma que éstos pasaron a ser prácticamente monopolizados por los agricultores. Por otro lado, los prados que pertenecían a agricultores fueron invadidos por pastores cada vez con mayor frecuencia.

Aunque la degradación de la tierra y la deforestación afectaban a todos los grupos, eran los seminómadas y los pastores del norte de Darfur los que más sufrían. Su ganado moría por la falta de agua y la desaparición de los prados y, debido a ello, los seminómadas y los pastores perdieron su bienestar al abandonar el estilo de vida que habían llevado durante siglos. Esto dio lugar a una migración masiva, cuyo fin era la búsqueda de nuevos y mejores prados y de tierra cultivable. Los abala rizeigat y otros clanes del norte de Darfur se desplazaron hacia el este en búsqueda de esos territorios. En el sur de Darfur, los bagara salamat nómadas se marcharon también hacia el este, buscando tierra y seguridad. Algunos grupos árabes, en particular los pastores de camellos, miraban con envidia la tierra de los fur en Yebel Marra, dada la abundancia de agua en sus estribaciones fértiles.

Obviamente, esas migraciones acabaron generando tensiones entre los nuevos pobladores y los ya establecidos, como lo demuestra el problema entre los zagaua –en su mayoría pastores, pero también dedicados a actividades agrícolas– y los grupos árabes en el norte de Darfur, o los choques entre los fur y los zagaua, quienes intentaron asentarse en los terrenos pobres que utilizaban los fur. No obstante, sería un error reducir el conflicto a la lucha entre grupos “africanos” y “árabes”. La simbiosis pacífica que había caracterizado las relaciones entre los nómadas y los agricultores sedentarios durante décadas se convirtió en una competición económica muy severa a partir de los ochenta, lo cual puso a prueba los mecanismos tradicionales con respecto a la gestión de conflictos sobre la distribución de tierra, la utilización de prados, el acceso al agua, las rutas migratorias, etc. Interesa destacar una vez más que la desintegración de ese sistema jurídico tradicional fue consecuencia de la política de Jartum en los años setenta y ochenta.

1.3.3. Factores de política nacional

A partir de la llegada al poder del Partido de la Umma de Sadiq al Mahdi, Jartum cambió su política hacia Darfur en el sentido de que acabó con su papel tradicional de no injerencia en los conflictos locales. Dado que se estaba llevando a cabo una búsqueda de partidarios de los regímenes de Sadiq al Mahdi y de al Bashir, éstos empezaron a dirigirse cada vez más hacia los árabes, sacando partido de las oleadas locales de etnonacionalismo árabe, expresadas especialmente por la Agrupación Árabe. Aprovechando las fricciones económicas que ya existían entre los africanos y los árabes, que a veces llevaban a tensiones pero nunca a una violencia brutal, y el disgusto que había entre los árabes por su poca representación en los Gobiernos locales –que según ellos, estaban

¹² Debergh, Rembert (2007): *Het Darfoer-conflict en de spill-over naar buurland Tsjaad. Lokaal geïnspireerd of national georchestreerd: de kip of het ei?*, Tesina final del Master *Conflict and Development*, Universiteit Gent, Gent, p. 28.

dominados por los fur y los masalit-, Jartum comenzó a tentar a los árabes hacia su causa; es decir, a reforzar su control sobre Darfur y su influencia en la región. Los árabes salieron favorecidos en cuanto a política legislativa ejecutada por el Gobierno central, desde donde eran destinados a ocupar puestos de poder. Aún más preocupante resultó la actitud por parte de Jartum sobre las cuestiones del armamento de las milicias árabes y la protección legal para cometer actos violentos, así como el favoritismo del que gozaban los árabes en cuestiones judiciales, especialmente en aquellas relacionadas con las crisis sobre la propiedad de la tierra. La consecuencia final de todo ello fue que Jartum alimentaba las tensiones políticas y económicas, en un proceso que respondía cada vez en mayor medida a razones étnicas.

Una prueba de que las reformas administrativas tenían como objetivo llegar a una alianza con los árabes y alcanzar una marginación aún mayor de los no árabes, fue la decisión tomada en 1994 de dividir administrativamente Darfur en tres partes. Debido a esta decisión, la población fur quedó repartida entre las tres nuevas provincias, convirtiéndose en una minoría en cada una de ellas. Esta reforma también creó nuevas posiciones de poder en la administración local, concedidas en su mayoría a los árabes. Los fur y los masalit se sintieron los perdedores –por no tener la misma presencia que antes en el poder legislativo, en el poder judicial, ni en la estructura de la recaudación de impuestos– lo que les llevó a incrementar su intento de organizarse contra el Gobierno central.

Por su parte, los nómadas, que veían como se desmoronaba su sistema de vida al perder su ganado, intentaron empezar una nueva vida como agricultores, pero pronto se sintieron frustrados por la nueva situación. La escasez y mala calidad de la tierra les llevó a algunos a practicar actos violentos y a organizarse en grupos armados para salir de la miseria. Como en la guerra contra el sur, Jartum intentó utilizar a estos árabes excluidos y pobres como aliados e instrumentos para afianzar su control militar. Para Jartum había dos ventajas al recurrir a estas milicias árabes. La primera fue que su ejército no tuvo que

combatir para controlar la provincia y pudo centrarse en la guerra contra el sur. La segunda fue que, con el tiempo, las acciones de las milicias árabes dieron a Jartum la posibilidad de definir el conflicto como un antiguo conflicto tribal que ya caracterizaba a la región desde hacía décadas, con lo cual podía desmentir lo que en realidad era una guerra civil.

Todo el proceso de esta competición económica cada vez más dura tenía asimismo eco en el plano social y político, que socavaban el sistema tradicional de mecanismos que gestionaban el uso y la propiedad de la tierra, el acceso al agua, etc. En 1970, el nuevo régimen de Numeiry empezó a disolver el sistema británico de “Native Administration”. Aunque este sistema de liderazgo tribal era un producto colonial, tenía su mérito en el sentido de que resolvía los conflictos entre las tribus de una manera adecuada. Además, ningún otro sistema de resolución de conflictos intertribales lo reemplazaba. Fue así como, debido a cambios sociales y a intervenciones políticas que acabaron con las capacidades de todo el sistema tradicional de gestión, a la polarización de la región y a los efectos de *spill-over* (armas, discursos, conflictos) que se generaron, los conflictos locales se volvieron cada vez más violentos.

Teniendo en cuenta la política opresiva aplicada en Darfur por parte de Jartum y el hecho de que no se hizo nada sustancial para desarrollar esta región, es imposible estar de acuerdo con la conclusión de la conferencia organizada por la ONU University for Peace y el Peace Research Institute de Jartum, en diciembre de 2004, con respecto a cuál es la causa principal del conflicto. En su informe final, llamado *Environmental Degradation as a Cause of Conflict in Darfur*, se describe el conflicto actual como el resultado de la creciente competición entre grupos sociales por la cada vez más rápida degradación de los recursos naturales en la región. De hecho, aunque es cierto que la crisis actual es una prolongación de la lucha tradicional regional entre nómadas, pastores y agricultores, no lo es menos que esta lucha se desarrolló en un contexto político (internacional, regional y nacional) y económico que amplió y complicó el conflicto.

2. La dinámica del conflicto en Darfur

2.1. Primer estallido del conflicto armado: 1985-1989

Como algunos grupos árabes de Darfur habían estado muy involucrados en la lucha contra Habré, la incursión del ejército chadiano contra los campos de rebeldes chadianos, las tropas libias y las milicias a finales de 1987 dio lugar al estallido completo –añadida a la violencia organizada desde 1985– de la primera fase de la guerra civil en Darfur. Debido a la gran tensión entre los agricultores, los pastores y los seminómadas, esta incursión, junto con la política de Gadafi, avivó aún más el fuego en Darfur. Árabes equipados con armas atacaron pueblos de los fur y los forzaron a desplazarse.

Surgió entonces el nombre de los yanyauid. Para defenderse y frustrados por la inacción del Gobierno central, los fur empezaron a crear redes de financiación solidaria entre expatriados, con el objetivo de financiar la compra de armas y organizar milicias de autodefensa. Poco a poco se desarrolló una milicia fur –que más tarde llegaría a contar con unos 12.000 miembros¹³–, cuyo objetivo era la protección de sus comunidades contra las milicias árabes y cuyos aliados eran extranjeros partidarios de Gadafi (en gran medida chadianos), que residían en la región y colaboraban en los ataques. Aunque esta primera explosión violenta tenía su origen entre los distintos grupos de Darfur, las intervenciones externas no tardaron en producirse. Gadafi envió fondos a Kordofán para contratar a 3.000 misiriya (árabes) que apoyaran a los rizeigat en Darfur, mientras que Hissène Habré entregó, a partir de 1989, armas a los fur para luchar contra la coalición Gadafi-MPS¹⁴.

Durante más de un año y medio, Jartum no prestó atención ni hizo ningún intento de detener la vio-

lencia en la provincia, aunque estaba claro para todos que éste no era uno de los conflictos típicos en Darfur, sino una verdadera guerra en la que morirían aproximadamente 9.000 personas entre 1985 y 1989¹⁵. Aparte de una manifiesta mala voluntad es evidente que, en realidad, el Gobierno central no tenía ningún control sobre lo que allí ocurría. Como no esperaban mucho de Jartum, varios líderes tribales comenzaron en 1989 su propio proceso de paz, que tuvo un relativo éxito en la medida en que, a mediados de 1989, Darfur gozó de una paz frágil. El nuevo régimen de al Bashir había participado por fin en ese proceso de paz y, junto a los distintos grupos de Darfur, se logró llegar a un acuerdo en el que se enfatizó la dimensión local del conflicto. De este modo, el Gobierno central podía escapar a su responsabilidad, minimizar la gravedad del conflicto y rechazar por superflua cualquier propuesta de intervención regional o internacional –aunque ésta nunca hubiera llegado a plantearse. Hoy en día esa postura no ha cambiado en absoluto.

La relativa paz no duró mucho en Darfur. El desarme de las milicias árabes, estipulado en el acuerdo, nunca fue ejecutado, y la política de ignorancia voluntaria continuó, lo cual convertía cualquier intento de estabilizar la región en imposible. En esas condiciones, a las que se suma el pacto entre Jartum y Trípoli, la violencia surgió de nuevo en septiembre de 1989. Los libios seguían armando a las milicias árabes y a Déby, lo que llevó

Aparte de una manifiesta mala voluntad es evidente que el Gobierno central no tenía ningún control sobre lo que allí ocurría. Como no esperaban mucho de Jartum, varios líderes tribales comenzaron en 1989 su propio proceso de paz

¹³ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, p. 64.

¹⁴ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, pp. 66-71.

¹⁵ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, p. 65.

a nuevos ataques y a incursiones en Darfur por parte de Habré. El resultado final fue una nueva extensión de la violencia, con milicias árabes apoyadas por Libia que atacaron pueblos de grupos “africanos” a la vez que envenenaron el agua de sus pozos.

2.2. *La clara tendencia hacia un conflicto mayor*

Aunque tras la llegada al poder de Déby, Libia, el Chad y los rebeldes chadianos (temporalmente) se retiraron de Darfur, la situación en la provincia no mejoró. Por el contrario, una nueva sequía, la destrucción por la guerra y un Gobierno central que no hizo casi nada por facilitar la reconstrucción tanto económica como social de la región, llevaron a Darfur a entrar en el período de la posguerra fría al borde del abismo.

Tras la derrota de Daud Bolad a finales de 1991, frente a una fuerza combinada del ejército y los murahlín, la estabilidad regresó tímidamente; es decir, ya no había guerra abierta. Sin embargo, nada había sido resuelto realmente. La violencia seguía presente y aunque el Gobierno lo atribuía a “bandidos”, estaba claro que a partir de los años noventa se había dado una diferencia tanto cualitativa como cuantitativa en los patrones de tensiones y choques en Darfur, en comparación con las décadas anteriores. Se habían convertido en choques entre los fur, los zagaua y los masalit, por un lado, y entre los árabes, por el otro. En lugar de mitigar las tensiones e intentar llegar a un compromiso con respecto a los conflictos sobre recursos escasos, Jartum los alimentó al seguir entrenando y armando a árabes, en su mayoría chadianos.

Debido a las tensiones económicas, las reformas administrativas y el nombramiento de un militar como nuevo gobernador de Darfur Occidental, que detuvo a todos aquellos que se oponían a él, los masalit iniciaron un movimiento rebelde de baja

intensidad contra el Gobierno entre 1996 y 1998. Este proceso culminó en 1999, cuando los choques entre los masalit y los pastores árabes fueron utilizados por Jartum para describir a los masalit como la quinta columna del ELPS. En lugar de intentar buscar una salida pacífica, Jartum envió tropas y helicópteros de combate, sin detener a las milicias que mataban a civiles masalit. El resultado final fue de unos 2.000 masalit muertos, 100.000 desplazados internos y 40.000 refugiados en el Chad¹⁶.

Mientras tanto, la inseguridad endémica que se remonta al menos a 1984 siguió cebando la bomba de relojería en la que se había convertido Darfur. Para defenderse, los fur habían ido acumulando armas con la ayuda del Gobierno de Eritrea y del ELPS en su intento por mejorar sus, hasta finales de la década pasada, escasos medios bélicos. Esto cambió con los esfuerzos de Abdel Wahid Mohamed Ahmed Nur, Ahmad Abdeshafi, Abdu Abadía Ismail, Babiker Mohammad Abdalah y otros fur que empezaron a movilizar a sus comunidades tanto en Darfur como en Jartum y el Chad, y a establecer contacto con otros movimientos de resistencia que no eran fur en Darfur. Los zagaua intentaron llamar la atención del Gobierno mediante el impago de impuestos, aduciendo que Jartum no les proveía ni de seguridad, ni de servicios médicos ni de educación. La reacción de Jartum consistió en ataques de los yanyauid a los pueblos zagaua.

Algunos de aquellos que dicen que fueron responsables del *Black Book* –es decir, darfuríes que fueron miembros del FIN y que tenían funciones ejecutivas (por ejemplo, Jalil Ibrahim) y que creyeron sinceramente durante los años noventa que, al incorporarse, iban a poder reformar el FIN desde dentro y así acabar con la marginación de Darfur– cambiaron radicalmente de postura, entendiendo que la única salida para Darfur estaba en la lucha armada. En agosto de 2001, Jalil Ibrahim dio a conocer la existencia de un movimiento político que lucharía contra la marginación de Darfur y por un cambio fundamen-

¹⁶ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, p. 75.

talmente político del Estado sudanés. Los líderes de las milicias de autodefensa fur también admitieron en 2001 que una confrontación mayor con Jartum era casi inevitable si no cambiaba la situación. Así, nuevos y jóvenes reclutas fueron enviados a campos del ELPS, mientras se estimulaba la desertión de los fur del Ejército sudanés.

Tras sufrir otra oleada de ataques de los yanyauid en 2000-2001, algunos militantes zagaua empezaron a prepararse también para la lucha armada. Se dirigieron a sus parientes chadianos, sobre todo en las Fuerzas Armadas del Chad, para adquirir informalmente armas, dinero y vehículos. Aunque en los inicios Déby apoyó la reacción militar de Jartum frente a la rebeldía en Darfur, a mediados de 2006 empezó a favorecer públicamente a los rebeldes. El Presidente chadiano les facilitó armas, les permitió establecer campos de entrenamiento y les dejó reclutar combatientes en los campos de refugiados y desplazados internos que había en el oeste del país. Su motivación era múltiple. En primer lugar, derivada de la creciente presión política por parte de su propia etnia –que forma la base de su propio poder– y de la población del oeste del Chad (que ha sufrido también los ataques de los yanyauid). En segundo lugar, con ello buscaba evitar que su círculo de poder disminuyera aún más. Y en tercer lugar, reaccionaba así ante el ataque a la ciudad fronteriza chadiana de Adré por parte del FUC en diciembre de 2005¹⁷.

En cuanto a Ahmed Nur y su grupo, la lucha era enmarcada en un contexto mucho más amplio, convencidos de que solo un cierto grado de unidad entre los distintos grupos de Darfur les daría una oportunidad. Fue por ello por lo que intentaron llegar a alianzas con los masalit y los zagaua. A partir de ahí –y en una secuencia que les llevó a una alianza entre los fur y los zagaua, en julio de 2001, y a otra entre estos dos y los masalit, en noviembre de 2001–, se creó la base de lo que en 2003 surgiría como el Movimiento/Ejército de Liberación de Sudán (M/ELS)

–conocido anteriormente como Frente de Liberación de Darfur (FLD)¹⁸.

Es muy importante resaltar el hecho de que, al mismo tiempo, el sur y el norte empezaron a negociar en Kenia para cesar la guerra y repartirse el poder político y económico en Sudán. Como no había ningún representante de Darfur en la mesa, los líderes de Darfur temían, con razón, que la composición del futuro Estado sudanés se decidiera sin ellos. Quizás fue ese miedo, junto con la publicación del *Black Book* y la actitud de Jartum de no cambiar su postura frente a Darfur lo que llevó al proceso de concienciación sobre Darfur (sería, en la mejor tradición marxista, el paso de una *Klasse-an-sich* a una *Klasse-für-sich*).

Cierto es que en 2002 ya había habido operaciones armadas contra instituciones del Estado sudanés (comisarías, edificios gubernamentales, controles y convoyes militares), de tal manera que la situación en Darfur no se podía describir adecuadamente como un problema de orden público, como Jartum intentó hacer creer. Aunque la élite política en Jartum sabía muy bien lo que estaba ocurriendo en Darfur (la amenaza de un conflicto mayor), no pensaba que sería necesario lanzar un ataque frontal contra ella. Visto en retrospectiva, se entiende que su actitud frente a Darfur revelaba que el Gobierno todavía estaba convencido de que podían “pacificar” a los darfuríes, prometiendo proyectos de desarrollo. Además, la detención de Ahmed Nur y otros fur prominentes, tras un ataque del FLD a una comisaría en junio de 2002, asentó aún más esa equivocada percepción, al considerar que los movimientos de resistencia desaparecerían muy rápidamente sin la presencia de sus líderes.

En todo caso, si había que llegar a una respuesta directa frente a un estallido violento generalizado, estaba claro que Jartum no tenía la intención de resolverlo de una manera pacífica. Como muestra basta recordar que, ya en 2001 el gobernador de

¹⁷ Debergh, Rembert, *op. cit. id.*, p. 62.

¹⁸ Daly, M. W., *op. cit. id.*, p. 278.

Darfur Norte, Sali Al Nur, y Musa Hilal habían ido al Chad buscando voluntarios para las milicias, y que en octubre de 2002 el régimen apoyó a los yanyauid para lanzar la primera gran ofensiva contra civiles fur.

Dado este enfoque de Jartum frente a los rebeldes, el ataque al aeropuerto por parte de una fuerza combinada del MJI y el ELS, el 25 de marzo de 2003, resultó ser una gran sorpresa para el gobierno de al Bashir y para la comunidad internacional. El ataque tuvo un gran éxito, puesto que los rebeldes destruyeron algunos aviones y helicópteros del Ejército del Aire y apresaron al comandante de la base. Durante todo el año de 2003, quedó claro que el Ejército sudanés no era capaz de derrotar a los rebeldes (34 de los 38 choques fueron ganados por los rebeldes)¹⁹. La situación militar fue tan precaria en esos momentos que el régimen de al Bashir temió perder todo Darfur y probablemente también Kordofán.

Al ver que las Fuerzas Armadas Sudanesas (FAS) no podían controlar una guerra como la que se estaba desencadenando, con tácticas de guerrilleras en el semidesierto, Jartum perdió la confianza en sus militares (mayoritariamente pertenecientes a las mismas comunidades de los rebeldes) y pasó a apostar cada vez más por las milicias árabes²⁰. En el caso de Darfur, esas milicias se llamarían en los medios de comunicación los yanyauid, sin reparar en que esa palabra puede ser confusa debido a que los darfuríes la utilizan para designar los típicos bandidos que actúan en la región desde hace muchas décadas y no para identificar (como suelen hacer los medios de comunicación y los responsables políticos occidentales en general) a las milicias árabes organizadas y equipadas por Jartum. Hoy en día los dos sentidos de la palabra se han mezclado, puesto que muchos criminales, excarcelados o no, se han afiliado a esas milicias y, por otro lado, algunos miembros de las milicias han empezado una carrera criminal. Para tratar de evitar confusiones en este texto se ha optado por emplear yanyauid para referirse al conjunto de

milicias locales que fueron y siguen siendo armadas y apoyadas por el Estado sudanés.

2.3. Yanyauid

Ya hemos visto que el rumor de una milicia árabe llamada yanyauid surgió en la primera fase de la guerra civil, a finales de los años ochenta y que recibiendo ayuda de Trípoli y más tarde también de Jartum. A comienzos de los noventa, no se podía seguir negando la existencia de una milicia al servicio del régimen. Es cierto, en cualquier caso, que en esa época estas milicias fueron organizadas sin mucha rigidez y que actuaban con un amplio margen de autonomía y sin serias interferencias del Ejército sudanés. Todo esto cambiaría después de 2003. En primer lugar, las relaciones con el régimen fueron formalizadas. Los miembros de las milicias comenzaron a recibir un salario del Gobierno (mejor que el que recibían los soldados) y/o bienes de lujo, así como armamento, material y equipo militar. Además, podían hacer uso de las instalaciones militares y paramilitares. Por lo tanto, lo que habían sido bandas armadas de limitada capacidad terminaron convirtiéndose en grupos bien organizados, politizados y militarizados, cuyos miembros podían disfrutar de una impunidad total.

Los yanyauid fueron reclutados por Jartum y sus agentes entre los árabes de Darfur, de Kordofán y también del Chad. La mayoría de los darfuríes integrados en estos grupos proceden de la tribu abalarizeigat y sus subgrupos los iraygat (uno de cuyos subclanes son los mahamid), los uled zed, los mahariya, los beni huséin, los eteifat y los eregat (éstos últimos habían sufrido no solo la degradación ecológica, sino también los ataques de los zagaua, decididos a partir de 2003 por las incursiones de las tropas de Minaii). Para conseguir el apoyo y el consentimiento de los líderes tribales de estos grupos

¹⁹ Flint, J. y Waal, Alex de, *op. cit. id.*, pp. 99-100.

²⁰ Francis, David J., *op. cit. id.*, pp. 131-151.

árabes, Jartum proporcionó dinero y concedió puestos políticos y proyectos de desarrollo a sus comunidades.

Desde un punto de vista sociológico, se pueden dividir los yanyauid en 6 grupos: “antiguos” bandidos, soldados desmovilizados, miembros de tribus árabes que tienen una disputa sobre la tierra con grupos africanos cercanos, criminales excarcelados y perdonados con la condición de tomar parte en las milicias, fanáticos de grupos arabistas (como la Agrupación Árabe y miembros de la antigua Legión Islamista de Gadafi) y jóvenes árabes desempleados. A mediados de 2003, los yanyauid ya se habían convertido en una fuerza paramilitar estimada en unos 20.000 combatientes²¹, dotados con un considerable arsenal (aparte de armas ligeras, hay también testimonios que mencionan la disposición de lanzacohe-tes y lanzagranadas) y sistemas de comunicación (teléfonos vía satélite) que hacen que estos grupos no tengan nada que ver con aquellos que ya había en activo desde finales de los años ochenta.

Con respecto a quienes insisten en que el conflicto en Darfur es étnico, o sea, entre rebeldes “africanos” y yanyauid “árabes”, es importante también recordar que había miembros de pequeñas comunidades “africanas” (los gimir y los tama) que participaban en los yanyauid²². No obstante, aunque es verdad que la mayoría de los yanyauid son originarios de una tribu o comunidad árabe, eso no implica que la representen. Además, los grandes grupos árabes han preferido mantener una calculada ambigüedad, sin inclinarse decididamente a favor del Gobierno y limitando en gran medida su participación en los yanyauid. Así ha ocurrido con los bagara rizeigat, los beni halba y los taisha –que sí estaban muy implicados con los Murahlin–, todos ellos afectados muy directamente por la degradación ecológica de la región. Por lo demás, hay que reseñar que todos estos grupos se distinguen de los abala rizeigat en el

sentido de que el sistema de reparto de tierra les proporciona su propia tierra y de que ven a Jartum como el principal culpable de su miseria por no haber hecho nada para desarrollar su región.

Desde julio de 2003 empezó a darse un nuevo modelo de represión. En lugar de atacar a los rebeldes, Jartum atacó a sus pueblos de origen (véase: Tabla 9), mediante acciones de bombardeo aéreo que eran seguidas por helicópteros de combate o cazas MIG, para rematar con el asalto terrestre de los yanyauid, solos o en colaboración con el ejército. No era infrecuente que los yanyauid volvieran a pasar algunos días después del ataque para reforzar el castigo.

En este punto, una de las claves más relevantes a debatir es si puede/debe hablarse de un genocidio o no. Cabe entender que nunca ha habido un intento de matar a toda la población civil, pues los supervivientes de esas acciones castigo podían huir a las ciudades o al Chad. Se puede suponer que esos ataques y esas matanzas han pretendido aterrorizar y desplazar a las poblaciones, restando apoyos a los rebeldes. Un informe de ACNUR en 2004 incluso llegó a clasificar la violencia de los yanyauid, distinguiendo entre ataques indiscriminados contra ciudadanos, violaciones y otras formas de abuso sexual, destrucción de la propiedad y pillaje, desplazamiento forzado, desapariciones y persecuciones²³. Se trata, en todo caso, de un debate no cerrado, aunque resulta difícil evitar la sensación de que, si se mide por sus resultados, el número de víctimas y afectados apunta con nitidez a un crimen contra la humanidad.

En términos estrictamente militares, cabe decir que esa táctica tenía un cierto grado de éxito (desde la perspectiva de Jartum), porque a finales de 2003 el ELS estuvo luchando por sobrevivir y tuvo que dispersarse hacia la montaña o desaparecer entre la población civil en zonas no afectadas (el propio Ahmed Nur tuvo que ser evacuado por el ELPS hacia el extranjero, lo que supuso una notoria pérdida de

²¹ Human Rights Watch (2004): “Sudan: Janjaweed camps still active”, *Human Rights Watch. News Releases*, New York.

²² Africa Confidential (2007): “Darfur’s turning point”, *Africa Confidential*, vol. 45, n.º 17, pp. 5-7.

²³ Francis, David J., *op. cit. id.*, pp. 131-151.

influencia por su parte). Aunque esa dispersión garantizó en principio la supervivencia de la organización –que llegó a tener unos 10.000 combatientes en 2004-2005–, el movimiento empezó pronto a fracturarse según líneas étnicas, una tendencia que se intensificaría con el acuerdo de paz en mayo de 2006²⁴. Por el contrario, también hay que registrar una reacción significativa, en sentido contrario, por parte de darfuríes que se han alistado en los grupos rebeldes, precisamente como respuesta a la pérdida de familiares y bienes ante los ataques recibidos en sus pueblos.

En contraste con las milicias lanzadas al combate contra el sur, la diferencia entre el Ejército sudanés y los yanyauid fue cada vez más difícil de distinguir. Los yanyauid llevaban el uniforme del ejército y fueron crecientemente incorporados en sus filas, así como en las de las fuerzas policiales. En el norte de Darfur, los yanyauid están ahora predominantemente en las guardias fronterizas y, en el sur de Darfur, en el Nomadic Transhumance Routes Police²⁵.

2.4. *El conflicto empeora*

En 2004 la situación en Darfur empeoró dramáticamente. Jartum abrió el año con una gran ofensiva y una campaña de bombardeos aéreos. Como consecuencia, muchos darfuríes se vieron obligados a desplazarse a otros lugares del país o cruzar al Chad. Sin embargo, ni siquiera en estos lugares había seguridad como lo demuestran los innumerables casos de violación de mujeres y los ataques a los refugiados y a la población del oeste del Chad. Lo que empeoró aún más la situación de esta población fue la utilización, por parte del Gobierno sudanés, del proceso de paz con el sur para endurecer su postura frente a la labor de los actores humanitarios.

El régimen de al Bashir había aplicado en Darfur la misma política que ya le caracterizaba desde su llegada al poder con respecto a la acción humanitaria en el sur de Sudán²⁶. Una política que consistía en retrasar o simplemente bloquear las operaciones de ayuda, mediante impedimentos burocráticos que hacen imposible la acción humanitaria (bloqueo de paquetes de ayuda, retención o no concesión de visados, limitación de los recursos humanos sobre el terreno...). Además, el Gobierno, tanto local como nacional, no ha tenido reparos en amenazar o intimidar a colaboradores y agencias de ayuda, deteniendo en ocasiones a su personal nacional o internacional. Otros problemas derivan del mal estado de las escasas infraestructuras viarias, de la inseguridad de las carreteras por los asaltos a convoyes de ayuda y los secuestros de los vehículos por los rebeldes (incluso por rebeldes chadianos) y por los yanyauid. Lo que cabe concluir es que todos los actores combatientes implicados en el conflicto han violado en mayor o menor medida el Derecho Internacional Humanitario (aunque solo sea por las dificultades que ponen al paso rápido y sin obstrucciones de una acción humanitaria imparcial organizada para ayudar a los civiles en casos de emergencia).

Al mismo tiempo, el Gobierno sudanés ha hecho todo lo posible para ocultar la crisis, censurando medios de comunicación y deteniendo y torturando a sus trabajadores. Si, por un lado, medios como la cadena qatarí Al Yazira fue cerrada en su momento, por otro, el Parlamento no ha podido siquiera plantear un debate sobre la situación en Darfur. Por lo que respecta a las organizaciones no gubernamentales (ONG) internacionales se han enfrentado a la opción de renunciar al testimonio y la crítica o correr el riesgo cierto de ser expulsadas. Las ONG nacionales ni siquiera han tenido esta opción.

²⁴ Tanner, V. y Tubiana, J, *op. cit. id.*, p. 24.

²⁵ International Crisis Group (26/11/2007): "Darfur's new security reality", *International Crisis Group Africa Report*, n.º 134, Brussel, p. 9.

²⁶ Human Rights Watch (2006): "Darfur: Humanitarian aid under siege", *Human Rights Watch, Background Briefings*, New York, pp. 15-22.

No obstante, existen suficientes canales de comunicación como para saber lo que estaba ocurriendo en Darfur. La Cruz Roja Internacional hizo una llamada al mundo a mediados de noviembre de 2004, sosteniendo que la situación en Darfur era más grave que durante la hambruna sufrida en los años ochenta. Según su información, el 22% de los niños menores de cinco años que se encontraban en los campos de desplazados internos estaban desnutridos. Jan Egeland, Subsecretario General de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) entre 2003 y 2006, denunció –basándose en los informes de la Organización Mundial de la Salud– la muerte de 10.000 personas al mes en los campos. En ese empeoramiento de la situación también hay que atribuir una parte de responsabilidad a los grupos rebeldes, que a finales de 2004 empezaron a perder cada vez más el control sobre sí mismos. El surgimiento de grupos de bandidos aumentaba aún más la situación de inseguridad, lo que implicó que las ONG y las agencias humanitarias de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) tuvieran que retirar a su personal. Sin ningún atisbo de exageración, Jan Pronk, enviado de la ONU en Sudán entre 2004 y 2006, comunicó el 2 de noviembre de 2004 que la provincia estaba descendiendo hacia una anarquía y un contexto dominado por los “señores de la guerra”.

La propia dinámica del conflicto empeoró en su momento también la situación. Grupos que al principio eran neutrales, como los dorok y los jebel, fueron forzados a elegir un bando por los ataques calculados del Gobierno y los yanyauid. Por otro lado, fueron reiterados los incumplimientos de los sucesivos acuerdos de alto el fuego que se llegaron a establecer, y el Gobierno se resistió hasta 2006 a aceptar ninguna de las demandas de los rebeldes y ni siquiera la mera idea de la negociación.

Nada de eso cambia, como se explicará posteriormente, el hecho de que la respuesta de la comunidad internacional fue, al margen de los intentos por hacer llegar alguna ayuda humanitaria, prácticamente nula en el terreno político durante 2004 y 2005.

2.5. Acuerdo de Paz para Darfur (APD) 05/05/2006

Después de muchas ocasiones fallidas para cesar las hostilidades parecía –al menos a los ojos de la comunidad internacional– que en mayo de 2006 en Abuya (Nigeria), por fin el Gobierno central y los rebeldes habían llegado a un acuerdo que generó grandes esperanzas iniciales. El Acuerdo de Paz para Darfur (APD) mencionaba, entre otras cosas, un alto el fuego, el desarme completo de los yanyauid seguido por el desarme y la desmovilización de los rebeldes –controlado todo ello por la Unión Africana (UA)– y su integración parcial en la policía y las FAS, el establecimiento de un Gobierno regional para Darfur, un referéndum que decidiría su futuro (es decir, si seguían siendo tres Estados o un solo Estado, como anteriormente) en julio de 2010, la atribución de distintos puestos políticos a distintos niveles (incluyendo el estatal) a candidatos de los movimientos, un fondo para la reconstrucción y el desarrollo de la región y la creación del órgano Darfur-Darfur Dialogue and Consultation con el objetivo de lograr la reconciliación entre las partes enfrentadas. Sin embargo, aquellos que habían seguido el proceso de negociaciones sabían que dicho acuerdo tendría el mismo destino que los limitados acuerdos anteriores.

Todo el proceso de paz desarrollado en Abuya estuvo caracterizado por la inexperiencia y la desorganización de los líderes rebeldes y la UA para negociar, y por las prisas de una comunidad internacional

Todo el proceso de paz desarrollado en Abuya estuvo caracterizado por la inexperiencia y la desorganización de los líderes rebeldes y la UA

que quería llegar lo antes posible a un acuerdo de paz sin tener que invertir mucho esfuerzo. Por eso, presionó mucho a los rebeldes para firmar y puso una fecha límite que era demasiado exigente. El resultado final fue un acuerdo producido por la mediación y no por las partes directamente implicadas en la violencia. La consecuencia fue que solo aceptó el texto la fracción del ELS de Minni Arkoï Minauï, que representaba menos del 10 % de la población de Darfur²⁷, mientras que la otra fracción del ELS, la de Ahmed Nur, y el MJI rechazaron el texto. Además, aunque todos los rebeldes hubieran firmado el acuerdo, éste nunca podría haber sido la base para una solución duradera del conflicto, dadas la falta de adecuación del texto en el tratamiento de los temas clave y el carácter de exclusividad de las negociaciones. Aunque el tema central a dilucidar era la cuestión nacional de la redistribución del poder político y económico, varios movimientos representativos de rebeldes no fueron invitados, ni tampoco representantes de los desplazados internos y los refugiados, o de la sociedad civil darfurí (desde líderes tribales a grupos árabes o partidos opositores nacionales, como el Partido de la Umma o el Partido Democrático Unionista).

2.6. Tras el Acuerdo de Paz para Darfur

La consecuencia directa del APD fue la fragmentación en el bando rebelde. El ELS salió de la mesa de negociación dividido en dos facciones –lo que confirmó la realidad de lo que venía siendo la situación rebelde tras la conferencia de liderazgo en Haskanita, en octubre y noviembre de 2005, donde Minauï fue elegido como nuevo líder del ELS en ausencia de Ahmed Nur– y todavía se fragmentó más con posterioridad. A finales de 2006, los rebeldes que no habían firmado el acuerdo acabaron asimismo divididos

en varios grupos y facciones. Un grupo de comandantes del norte de Darfur, la mayoría zagawa en desacuerdo con el APD, abandonó la facción de Minauï y formó el G-19.

Esa fragmentación no solo socavó la eficiencia de la rebelión, sino que también aumentó la inseguridad, sobre todo en los campos de desplazados internos, y dificultó, o mejor dicho hizo imposible, impulsar otros intentos para llegar a un acuerdo. Ningún grupo estaba dispuesto a hacer compromisos por el miedo a perder sus apoyos, tanto desde su rama militar como desde su base social, en beneficio de otros grupos. Por lo tanto, las siguientes rondas de negociación (tanto la de Arusha, en agosto de 2006, como la más reciente de Sirte) entre los rebeldes que no habían firmado el acuerdo de paz y los representantes de la UA y la ONU fracasaron completamente.

La fragmentación no solo era culpa de los rebeldes. Después de Abuya, Jartum empezó a practicar una política de atracción de los rebeldes que no habían entrado en el pacto de paz, armándolos incluso para que luchasen contra otros rebeldes que tampoco habían participado en el acuerdo, y para que también en ocasiones chocasen con las fuerzas de Minauï. El objetivo de Jartum era el de dividir a los rebeldes según líneas étnicas. Esta fragmentación fue tan extrema que resulta muy difícil saber cuántos grupos de rebeldes hay en el terreno. Jan Eliasson, mediador para la ONU, contabilizó, en uno de sus viajes a Darfur a mediados de octubre de 2007, un total de 28 grupos y facciones diferentes²⁸. Es indicativo de esta estrategia constatar la evolución de Minauï quien, tras haber firmado el APD, terminó convirtiéndose en el asesor principal de al Bashir (el cuarto puesto ejecutivo del régimen²⁹) y en el futuro líder del Gobierno provisional de Darfur, aunque esto le hizo perder casi todo el apoyo popular y un gran número de sus milicianos ingresaron en los rebeldes no firmantes. Eso llevó también a que las fuerzas de

²⁷ Tanner, V. y Tubiana, J., *op. cit. id.*, p. 40.

²⁸ (18/10/2007): "US says concerned over fresh Darfur violence", *Sudan Tribune*.

²⁹ Human Rights Watch (2006): "Darfur: Humanitarian aid under siege", *Human Rights Watch Background Briefings*, New York, p. 6.

Minai llegaron a chocar (en ocasiones junto a las Fuerzas Armadas Sudanesas) con los rebeldes no firmantes.

En tal contexto fueron imposibles los procesos de reconciliación a través del ya citado Darfur-Darfur Dialogue and Consultation. Tampoco fue posible unificar a los diferentes grupos no firmantes –con la ayuda de Eritrea, el Chad y Libia, a través de la creación de una alianza libre, el Frente de Redención Nacional– debido a tensiones y rivalidades internas. Además, se intensificó el proceso de criminalización por parte de una parte significativa de los rebeldes, quienes empezaron a atacar convoyes humanitarios y de la Misión de la Unión Africana en Sudán (AMIS) para robar sobre todo los vehículos y las armas.

Es preciso reiterar que Jartum no cumplió sus promesas con respecto al alto el fuego y al desarme de los yanyauid, sino que, por el contrario, volvió a desplegarlos y los rearmó. En septiembre de 2006 Jartum montó otra ofensiva con el objetivo de eliminar a los rebeldes. El caos llegó a su punto álgido con los choques entre yanyauid y miembros de Minai en diciembre de 2006, a pesar de ser ambos aliados del régimen.

Finalmente, como Human Rights Watch observaba en un informe de septiembre de 2007, la situación había evolucionado desde un conflicto bastante simple entre los rebeldes y Jartum y sus aliados, a un contexto en el que el Gobierno, las milicias, los rebeldes, los ex rebeldes y los bandidos luchaban entre sí por el poder y los recursos entre mediados de 2006 y mediados de 2007³⁰.

Como señal de signo contrario, hay que registrar que la situación humanitaria mejoró durante 2005 gracias al trabajo de unos 14.000 cooperantes, lo cual supuso el descenso de la malnutrición inminente en los niños, y a la presión internacional para reducir el patrón de restricción de las actividades de las agencias humanitarias internacionales. Sin embargo, la situación empeoró de nuevo a finales de

ese mismo año. El número de personas que necesitaban ayuda pasó de un millón en 2004 a 3,5 millones a partir de 2006, en gran medida debido a la continua violencia que causó el colapso de la economía rural. Además, el vandalismo en las carreteras dificultó el trabajo humanitario y el Gobierno comenzó de nuevo a dificultar la acción humanitaria. A todo ello se sumó la evolución hacia una situación explosiva en los campos. Había amenazas y asaltos al personal humanitario, destrucción o robo de material, muertes violentas y un incesante comercio de armas. Esto provocó la salida de algunas ONG de los campos más peligrosos, lo que empeoró aún más la situación. En algunas ocasiones los desplazados tuvieron que huir de la violencia en los campos, encontrándose en lugares desprovistos de cualquier tipo de servicio, sin comida ni agua. Esta situación fue aprovechada por Jartum para entrar en los campos más afines a los rebeldes (como, por ejemplo, Kalma) e imponer una serie de recolocaciones forzosas, que violaban el Derecho Internacional. A pesar de que la violencia, la inseguridad y el desplazamiento forzado (OCHA supone que entre julio y septiembre de 2006 hubo 200.000 desplazados³¹) aumentaron mucho después del APD, una gran mayoría de la población de Darfur maldecía el acuerdo.

2.7. *La situación actual: surgen nuevas dimensiones*

En 2007 la proliferación de grupos armados, su fragmentación y los choques entre ellos siguió caracterizando al bando de los rebeldes. La violencia en los campos y sus alrededores aumentó debido mayormente a la política de Jartum y, en menor medida, a los rebeldes (firmantes y no firmantes del APD), ya que todos ellos politizaron y militarizaron los campos. Aparte de una inundación de armas y criminalidad, y del crecimiento de la frustración entre los des-

³⁰ Human Rights Watch (2007): "Darfur 2007: Chaos by design", *Human Rights Watch*. 19, 15(A), New York, p. 75.

³¹ Tanner, V. y Tubiana, J., *op. cit. id.*, p. 43.

plazados y refugiados, Jartum apoyó a grupos armados en el ataque a los campos, extendiéndose así la violencia en los mismos; el Gobierno pensaba que esto incitaría a los habitantes a volver a sus pueblos aunque las condiciones allí fuesen críticas debido a los enfrentamientos o por tratarse de zonas ocupadas, incluso los pozos y los campos, por grupos árabes y yanyauid. Por otro lado, la rivalidad entre los diferentes grupos y facciones de rebeldes también se desarrolló en los campos, llevando a choques mortales entre partidarios de distintos bandos. Ese incremento no fue ajeno, igualmente, a la incapacidad de AMIS para cumplir sus tareas.

Otro nuevo fenómeno que surgió en 2007 y contribuyó al aumento del caos, pero a su vez aportó una perspectiva positiva, fue la fragmentación y la lucha interna entre los grupos árabes por la tierra y el poder, así como la expropiación, por parte del PCN, de la tierra a sus propietarios tradicionales en beneficio de árabes y no árabes (especialmente del grupo de Minai) que lo apoyaban³². Muchos árabes, especialmente los pastores de camellos, se sintieron utilizados en los últimos años por el PCN y prefirieron no seguir asociados con este régimen ante la perspectiva de una intervención internacional más fuerte –planteada por primera vez en agosto de 2006 en la Resolución 1706 de la ONU, la cual contenía acusaciones de crímenes de guerra y violaciones de derechos humanos–. No obstante, querían incrementar sus ganancias, a menudo a través de una legitimación de la ocupación de tierras pertenecientes a los grupos africanos, que viven en campos de desplazados internos o de refugiados. Ese factor, por sí mismo, dificulta las perspectivas de llegar a un acuerdo sostenible, en la medida en que los patrones de reconciliación tribal árabe se han colapsado.

Por otro lado, esa tendencia dificulta la gestión del problema a Jartum. Los grupos árabes que apo-

yaron anteriormente al Gobierno, y los yanyauid –insatisfechos con el PCN porque éste no cumplía sus promesas en cuanto a dinero, tierra, poder, etc., o por el deseo de no continuar asociados con el régimen– empezaron a establecer nuevos vínculos y a veces incluso alianzas con los rebeldes, sobre todo con los fur y los masalit. Como reacción a este proceso, y a pesar de que hay una erosión de su base política y militar en la región, el PCN ha intentado compensar sus efectos negativos con medidas como, por ejemplo, el nombramiento de Musa Hilal como asesor especial del Ministerio de Asuntos Federales.

Como consecuencia de esas dinámicas la situación humanitaria no ha podido mejorar. En lo que llevamos de 2008 el número de refugiados y desplazados internos ha aumentado en 150.000 personas, elevando la cifra total a 2,5 millones de refugiados a fecha de mayo de 2008. Cuando John Holmes, jefe de la OCHA, visitó el país en diciembre de 2007 mencionó la cifra de 4,2 millones de darfuríes afectados por el conflicto³³. Un informe de la ONU de ese mismo mes afirmaba que el porcentaje de malnutrición entre niños había crecido bastante durante el último año, del 12,9%, en 2006, al 16,1%, en 2007. Eso implica que, por primera vez desde 2004, ese porcentaje ha superado el 15%, considerado por la ONU como el umbral de emergencia³⁴. Esto demuestra que, a pesar del trabajo de los casi 15.000 cooperantes humanitarios hoy en día en el terreno, las 13 agencias de la ONU y las 80 organizaciones de ayuda –que en conjunto suman un presupuesto de aproximadamente 1.000 millones de dólares estadounidenses–, la gente en Darfur, especialmente los menores, se encuentra en peor situación que en los años anteriores.

Aunque hay muchas causas que explican esta situación, las principales son sin duda el colapso total de cualquier forma de agricultura en la región y el hecho de que cada vez se hace más difícil el acce-

³² International Crisis Group (26/11/2007): "Darfur's new security reality", *International Crisis Group Africa Report*, n.º 134, Brussel, pp. 1-27.

³³ ONU (06/12/2007): "Briefing by the Under-Secretary-General for Humanitarian Affairs and Emergency Relief Coordinator", *Security Council Meeting S/PV.5792*, New York.

³⁴ United Nations News Service (28/12/2007): "New UN survey reveals alarming malnutrition rates among Darfur's children", *United Nations News Service*, <http://www.reliefweb.int>.

so a los necesitados (mientras que 70 convoyes humanitarios fueron atacados en 2007, ya había, según la OCHA, 75 en los tres primeros meses de 2008). (véase: Tabla 8). El Programa Mundial de Alimentos (PMA), por ejemplo, dice que en febrero de este año la ayuda no ha podido llegar a 64.000 darfuríes debido a la inseguridad³⁵. Además, este año el acceso es aún más difícil debido al crecimiento de las tensiones entre Sudán y el Chad, después de las violaciones del espacio aéreo sudanés y de los bombardeos aéreos sobre Darfur por parte de las Fuerzas Aéreas del Chad. A esto se suma la última incursión, a principios de febrero, por parte de rebeldes chadianos, que intentaron derrocar a Déby desde Darfur, así como el ataque a Jartum del 10 de mayo de 2008 por parte del MJI, que, según Sudán, está apoyado por el Gobierno del Chad.

En 2007 también hubo un intento de llegar a un acuerdo de paz en Sirte (Libia), pero resultó un fracaso total. De hecho, Sirte ya era un fracaso antes de que la cumbre empezara. En primer lugar, existía el problema de la fragmentación por parte de los rebeldes, lo que llevó a disputas entre los distintos grupos sobre quién tenía que estar invitado y quién no. En segundo lugar, la fracción de Ahmed Nur decía, ya desde el principio, que no participaría si no había un alto el fuego y una mínima protección de los civiles darfuríes. En tercer lugar, los rebeldes más relevantes no estaban de acuerdo con el lugar de las negociaciones, por el papel que tuvo Libia en Darfur en los años ochenta. En cuarto lugar, los rebeldes querían más tiempo para prepararse y llegar a una posición común. Además, había mucha desconfianza hacia Jartum por parte de los rebeldes, especialmente después de la retirada del MLPS del Gobierno nacional. Por último, la ONU y la UA cometieron los mismos errores que en Abuya; es decir, plantearon una mesa redonda demasiado exclusiva, dado que los grupos árabes de Darfur no fueron invitados –parecía que ambas organizaciones creían que éstos eran represen-

tados por Jartum–, como tampoco los representantes de la población desplazada, ni los líderes tribales ni las mujeres, si bien todos ellos ocupaban un papel de liderazgo cada vez mayor en sus comunidades.

Como la UA y la ONU siguieron con su plan, muchos rebeldes no participaron, entre ellos el MJI y la fracción del ELS de Ahmed Nur. Las dos organizaciones convocantes habían mostrado otra vez un alto nivel de arrogancia, al ignorar las exigencias y las quejas de los rebeldes y hacer todo precipitadamente. Sin embargo, había una razón lógica para eso. Querían un acuerdo de paz antes de que empezase el despliegue de la Misión de Naciones Unidas/Unión Africana para Darfur (UNAMID), porque estaban convencidos de que sin una mejora de la situación sería muy difícil que esta operación mixta pudiera cambiar algo en el terreno. Sin embargo, la consecuencia fue que muchos rebeldes se molestaron con figuras como Jan Eliasson y Salim Ahmed Salim, representantes en Darfur de la ONU y la UA respectivamente, especialmente porque, tras el fracaso de Sirte, señalaron que eran los rebeldes los que obstaculizaban la paz. Esto convertía al equipo de mediación más en una parte del problema que en una parte de la solución. No obstante, una buena señal de Sirte es que los rebeldes han empezado a tener en cuenta la importancia de la unidad entre ellos. Seguramente por ello, y contando con la ayuda del MLPS, muchos rebeldes se

En 2007 también hubo un intento de llegar a un acuerdo de paz en Sirte (Libia), pero resultó un fracaso total. De hecho, Sirte ya era un fracaso antes de que la cumbre empezara

³⁵ United Nations World Food Programme (25/03/2008): "Three drivers of WFP-contracted trucks killed in Sudan", *United Nations World Food Programme*, <http://www.reliefweb.int/>.

reunieron en Yuba y algunos llegaron a formar uniones de varios grupos y facciones (un ejemplo es el Frente de la Resistencia Unida, que es un paraguas de cinco grupos³⁶).

3. Los beligerantes y sus agendas

3.1. El régimen de al Bashir

La decisión tomada por Jartum de resolver la crisis militarmente debe ser analizada desde la perspectiva de que la insurrección en Darfur podía y puede tener enormes consecuencias para la élite que controla el poder nacional y para el país en su conjunto. Lo que podría estar en juego sería la distribución del poder y de los recursos financieros. Por lo tanto, Gérard Prunier no se equivoca cuando señala que el conflicto en Darfur está más cerca de ser una guerra civil que un conflicto desencadenado entre el sur y el norte, más próximo a una guerra colonial³⁷. Durante décadas el poder central percibió Darfur como una parte originariamente incluida en el norte de Sudán, pensando que el islam se bastaba para unificar el conjunto. Sin embargo, la idea de que la religión musulmana hacía del norte una región homogénea disimuló la diversidad étnica y cultural, así como los grandes desequilibrios políticos y económicos. Con el surgimiento de una rebelión en el oeste, Jartum se dio cuenta de que la familia musulmana estaba fragmentada y de que la religión ya no podía continuar siendo utilizada como instrumento para unir a todos grupos a su alrededor y contra el sur. El problema que suponía Darfur era mucho más que un simple desafío del sur, puesto que la élite árabe en Sudán debía su hegemonía política y económica a su capacidad de movilizar a un tercio del país en nombre del islam. Asimismo, el factor religioso

no podía seguir concibiéndose como la razón principal o única para explicar el conflicto y desviar la atención de las verdaderas causas, íntimamente relacionadas con la exclusión.

Es desde este punto de vista desde el que tenemos que aproximarnos a la decisión del régimen de al Bashir de optar por una solución militar estricta y rápida. La respuesta tenía que ser una advertencia para otras regiones del norte, como Kordofán y Beya, que también desafiaban y desafían al régimen. Además, el levantamiento tenía que ser oprimido antes de que se formara un Gobierno de coalición con el sur, pues esto podía poner en peligro la puesta en marcha de esta línea de actuación militarista. Por lo tanto, al Bashir decidió, tras el ataque en el aeropuerto de El Fasher, destituir a los gobernadores de Darfur Norte y Darfur Occidental y sustituirlos por otros más leales que siguieran su política de mano dura. El régimen pensaba que la comunidad internacional daría carta blanca a Sudán porque no había cristianos ni petróleo en Darfur, y porque la pacificación con el sur justificaba esta intervención armada. Su cálculo era que la comunidad internacional no pondría en peligro las negociaciones de paz con el sur por un exceso que pudiera cometerse en Darfur.

En su análisis del conflicto, Jartum se aferraba en gran parte, pero no siempre, al argumento de que en el conflicto en Darfur no había un levantamiento armado contra el sistema político, sino un conflicto local entre tribus, intentando ocultar así los factores políticos y de desarrollo que se escondían tras el descontento popular. A la pregunta de la comunidad internacional de si Jartum había armado a los yanyauid o tenía algo que ver con esas milicias, el Gobierno contestaba siempre negativamente. Sin embargo, en la comunicación con su base política, el régimen, a través de su presidente principalmente, se refería con naturalidad a la existencia de una rebeldía en Darfur y a sus relaciones con las milicias, que él mismo llamó "*mujahideen*" y "*the horsemen*"³⁸.

³⁶ Vuni, Isaac (30/11/2007): "Darfur rebel groups form two movements in Juba", *Sudan Tribune*.

³⁷ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, p. xi.

³⁸ "We will use all available means, the Army, the police, the mujahideen, the horsemen, to get rid of the rebellion", Omar Hasán al Bashir, 02/02/2004; en: Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, p. 109.

Este discurso de cara al exterior, de rechazo tanto de la relación con los yanyauid como de la existencia de una rebelión en Darfur, no podía ser mantenido por mucho tiempo, debido a las claras pruebas que demostraban lo contrario. Así lo confirmaba, por ejemplo, en 2005 Musa Hilal en una entrevista con Human Rights Watch en 2005, en la que reconocía haber reclutado milicianos por encargo del Gobierno central de Sudán. Y así parece entenderlo también la Corte Penal Internacional en su enjuiciamiento a Ahmed Mohamed Harun, Ministro de Asuntos Humanitarios, por haber planificado, organizado y ejecutado actos violentos, a través de los yanyauid, contra los civiles de Darfur.

Nada de esto fue suficiente para evitar que el Gobierno sudanés insistiera en su intento de confundir a la comunidad internacional y de evitar una reacción –una intervención– del Consejo de Seguridad de la ONU. De todos modos, si Jartum mentía, era sobre todo porque la comunidad internacional se lo consentía. En realidad lo que puede sorprender es que esa política gubernamental funcionó muy bien. El mundo seguía viendo Darfur como el típico conflicto africano, o sea, como algo muy lejano, esotérico, violento y radicado en factores étnicos e históricos que poca gente entendía. Es más, raramente se destacó que el uso de los aviones y helicópteros de combate no pudiera ser la respuesta lógica a una violencia espontánea de nómadas locales.

A pesar de los intentos por llegar a un alto el fuego o a un acuerdo de paz, Jartum nunca tuvo la idea de renunciar a su estrategia militar. Por eso, era necesario que los darfuríes no se unificasen. Con el fin de que fracasaran los procesos del Darfur-Darfur Dialogue and Consultation, Jartum inició una política de fragmentación e instigación hacia los rebeldes. Lo mismo podemos decir con respecto a una intervención internacional. Desde el principio, Jartum se oponía a cualquier tipo de intervención y, a medida que la presión aumentaba, ponía más empeño en debilitarla y aplazarla. De hecho, su plan de frag-

mentación de los rebeldes le ha ayudado en su política de distracción de la comunidad internacional: cuanto más caos se genera en Darfur, menos países están dispuestos a mandar tropas y menos fuerzas internacionales son capaces de actuar. Además, la creación y el mantenimiento del caos también beneficia a la élite en su interés capital: continuar en el poder.

No olvidemos que, en un proceso paralelo y según el Acuerdo Global de Paz (AGP, el acuerdo de paz entre el sur y el norte), se deberían celebrar elecciones en 2009 que podrían desembocar en una partición de Sudán. Parece evidente que, en este contexto, celebrar elecciones en Darfur se convierta en una tarea imposible y, en caso de que se llegaran a realizar, una oposición unificada en Darfur sería algo bastante improbable³⁹. Es importante recordar asimismo que las únicas acciones que podrían cambiar los cálculos del PCN son la erosión del apoyo a la base tradicional árabe (los abala rizeigat), la extensión del conflicto y la presión internacional.

3.2. Los yanyauid y los grupos que apoyan al Gobierno y/o a los yanyauid

Como los yanyauid son, desde mediados de 2003, las fuerzas más fuertes y los principales agentes militares de Jartum en el terreno, no es difícil adivinar cuáles son sus intereses o cómo están conformadas sus agendas. Ya hemos visto que una parte de los miembros de esas milicias son árabes desempleados, excluidos o involucrados en un conflicto con una comunidad vecina como consecuencia de la degradación ecológica. Para ellos, iniciar su carrera como miembros de una milicia era una manera fácil de sobrevivir y conseguir escapar de la pobreza crónica.

Para los bandidos y criminales encarcelados, integrarse en los yanyauid se antojaba una buena oportunidad para continuar con su estilo de vida de una

³⁹ International Crisis Group (26/11/2007): "Darfur's new security reality", *International Crisis Group Africa Report*, n.º 134, Brusel, p. 8.

manera más segura (dada la protección judicial que Jartum les ofrecía desde el principio) o una oportunidad para recibir el indulto. Para los ex miembros de la Agrupación Árabe, esas milicias fueron un efecto lógico de una agenda cada vez más radicalizada, cuya máxima expresión fueron las publicaciones de *Qoreish I* (1987) y *Qoreish II* (1998-1999), en las que se pone de manifiesto la intención de conseguir la dominación de Darfur y Kordofán por parte de los árabes. Sin embargo, en la última directiva de agosto de 2004 podemos ver que la organización llega incluso a defender un cambio demográfico en Darfur y una limpieza total de todos los grupos africanos⁴⁰. Vemos, por tanto, que para una minoría de yanyauid la causa no es local ni nacional, sino árabe, con motivos puramente racistas.

En un nivel más alto, concretamente en el nivel tribal, el apoyo a las tácticas contra la insurrección del Gobierno central fue simplemente comprado (en efectivo o a través de proyectos de desarrollo y bienes de lujo para los líderes), o negociado mediante la promesa del futuro acceso a la tierra y el agua. La mayoría de los yanyauid, al mismo tiempo que utilizaban el ataque a pueblos como forma de pillaje y manera de conseguir el acceso a la tierra, disfrutaban de las oportunidades que les daba la economía de guerra. Así, los bloqueos de carreteras, los secuestros de vehículos y los secuestros y peticiones de rescate han sido actividades muy populares entre ellos.

3.3. Los rebeldes

En los inicios del levantamiento los grupos de rebeldes más importantes fueron el E/MLS y el MJI. Ambos movimientos tienen una trayectoria de cooperación, pero también de rivalidad entre sí, así como de fragmentación y de rivalidad interna. Actualmente el E/MLS no existe en su forma original, pero ocupa todavía un papel importante. El MJI, por su parte, no solo conserva a grandes rasgos su forma

original, sino que también se ha convertido en el grupo rebelde con más poder en términos militares, y eso es algo que ha quedado reflejado en el reciente ataque a Jartum. Y si hay algo claro es que este fortalecimiento militar se ha debido en gran parte al apoyo del Gobierno chadiano de Déby.

Antes de su extrema fragmentación, el E/MLS estaba muy influido por el E/MLPS y por la personalidad de John Garang. La intervención del E/MLPS en la elaboración de una agenda nacional del movimiento y en el momento elegido para empezar la rebeldía es de una importancia incuestionable. El nombre de FLD se cambió a E/MLS para acentuar la transición de una agenda local a otra nacional, que abarcaría la defensa de los derechos de todos los sudaneses excluidos. El 16 de marzo de 2003 el E/MLS publicó un manifiesto en el que exaltaba la necesidad de poner fin a la marginación de Darfur, exigiendo la descentralización y el derecho de autodeterminación como fundamento de una unidad viable en un Estado secular (reivindicaciones muy similares al proyecto de Garang de un "New Sudan").

Por otro lado, el cambio que sufrió la agenda estuvo también estimulado por el intento de Ahmed Nur y sus colegas de alinear a los grupos árabes en sus filas, comprometiéndolos así en su causa. Por la misma razón se decidió no atacar objetivos árabes o yanyauid. Aunque el MLS no logró reclutar combatientes árabes, esta política tuvo éxito en la medida en que se consiguió que algunos comandantes fueran árabes, sobre todo bagara sureños, quienes de manera general habían estado menos involucrados en las operaciones de los yanyauid. Otra intervención del E/MLPS en el funcionamiento del E/MLS se percibe en la decisión de iniciar la revuelta en 2002, momento en el que Garang comenzaba a participar en Kenia en el proceso de paz con el norte.

El principal problema del ELS radicaba en su diversidad. Su fuerza militar constituía una mezcla de milicias de autodefensa de fur y masalit, de combatientes zagaua, de veteranos de las guerras de Sudán

⁴⁰ Flint, J. y Waal, Alex de, *op. cit. id.*, p. 39.

y el Chad y de jóvenes intelectuales. Su nexos de unión principal era una inestable alianza entre los fur y los zagaua. Alex de Waal y Julie Flint argumentan a este respecto que lo único que realmente unía estos hilos era poco más que el descontento común por la marginación sufrida⁴¹. Los zagaua, por ejemplo, contaron desde el principio con sus propias redes de obtención de fondos. Además, el movimiento tuvo siempre graves problemas con las personalidades de sus líderes y con la falta de un liderazgo claro. Las tensiones internas se exteriorizaron a mediados de 2004, en Yebel Marra, a través de los enfrentamientos entre los zagaua y los fur por el control del E/MLS y también por la manifiesta enemistad entre Abdel Wahid y Minaii. Otro motivo de tensión entre los zagaua y los fur radicaba en que los líderes fur estaban más abiertos a negociar con Jartum que los zagaua, debido a que estos últimos sufrieron con mayor crudeza los estragos del conflicto.

La razón por la que Minaii firmó el APD la debemos buscar en la presión que Estados Unidos y Nigeria ejercían sobre él mediante las continuas amenazas de hacer aparecer su nombre en la lista de individuos contra quienes el Consejo de Seguridad había impuesto sanciones. Tras el APD, Minaii y Ahmed Nur perdieron mucha influencia y poder, sobre todo militar. Con todo, Ahmed Nur todavía cuenta con un amplio respaldo entre los fur (el grupo más grande de Darfur) y entre los desplazados y refugiados a raíz de su negativa a firmar el ADP y de la prioridad que siempre dio a la seguridad de los darfuríes como prerrequisito de cualquier negociación.

En contraste con la falta de experiencia política de los fundadores del E/MLS, los líderes intelectuales y políticos del MJI son ex miembros del FIN de Hasán al Turabi. Este grupo, a diferencia de los otros, ha conseguido atraer a sudaneses de todo el espectro político. En general se pueden distinguir dos grandes tendencias en el movimiento. Una es islamista y la otra es tribal y formada por miembros del grupo kobe, una rama de los zagaua que vive en su mayoría en el

Chad. Aunque esta alianza ha sufrido numerosos altibajos, se puede decir que lo que unifica el movimiento es, en definitiva, la marginación de Darfur y el fracaso de todos los políticos del norte, incluso al Turabi, a la hora de cambiar la situación. El MJI, convencido de que el PCN es incapaz de llevar a buen puerto las reformas necesarias, rechaza el acuerdo de paz entre el sur y el norte, denunciando que no se han tenido en cuenta otras zonas periféricas como Darfur, Kordofán o Beya. Más que el E/MLS, el MJI cree que el problema de Darfur exige soluciones nacionales y el esfuerzo de otras regiones excluidas, por lo que intenta extender su lucha contra el Gobierno fuera de las fronteras de Darfur (por ejemplo, a Kordofán). La gran diferencia entre el MJI y el E/MLS es que el primero no menciona la separación entre Estado y religión. Es más, este grupo acepta que los no musulmanes no quieren vivir bajo la *sharia*, pero opina que están en la obligación de aceptarla cuando los musulmanes así lo quieran.

Aunque inicialmente sus capacidades militares eran limitadas, el MJI tuvo desde el principio una estructura política muy bien desarrollada y una mejor comunicación con el mundo exterior debido (en contraste con el E/MLS) a las capacidades y experiencia política de sus líderes. Además, fue el primer movimiento rebelde que codificó, el 1 de enero de 2005, su estructura y que, a pesar de su tendencia tribal, consiguió abarcar todas las regiones de Sudán, desarrollar relaciones con otros movimientos de oposi-

La gran diferencia entre el MJI y el E/MLS es que el primero no menciona la separación entre Estado y religión

⁴¹ Flint, J. y Waal, A. de, *op. cit. id.*, p. 85.

ción (como los misiríya en el oeste de Kordofán) y establecer su presencia en Sudán oriental con la ayuda de Eritrea en 2005-2006.

Algunos analistas todavía perciben el MJI como un instrumento de al Turabi para llegar una vez más al poder. Aunque su líder, Jalil Ibrahim, y otros miembros importantes fueron leales partidarios del FIN de al Turabi cuando éste llegó al poder en 1989, se han distanciado muchas veces y de una manera muy marcada de él y de su partido –Ibrahim dijo, por ejemplo, que al Turabi es la razón principal de las atrocidades en Darfur. Sin embargo, este antiguo vínculo con al Turabi sigue siendo una dificultad a la hora de convencer de su causa a muchos darfuríes y a otros actores (a Estados Unidos, por ejemplo).

La relación entre el MJI y el E/MLS también es inestable. En algunas ocasiones han luchado juntos, pero en otras también se han enfrentado entre sí. A pesar de que una posible unificación es algo que ha estado sobre la mesa desde el principio, el E/MLS siempre la ha rechazado por la posición ambiciosa del MJI en lo que a religión se refiere. Muchos líderes y cargos del E/MLS, particularmente Ahmed Nur, desconfiaron del MJI por sus vínculos con al Turabi y el miedo a una posible pérdida de influencia y poder en la unificación, dado que Jalil Ibrahim y sus colegas eran más expertos que ellos.

Tras el ataque en el aeropuerto de El Fasher, surgieron otros grupos de rebeldes. Para debilitar el dominante enfoque de “árabes frente a africanos”, es importante mencionar que también hay grupos árabes que se alzaron en armas contra Jartum. Algunos ejemplos son el grupo liderado por el bagara rizeigat Abu Surrah –conocido como Fuerzas del Frente Revolucionario Democrático–, el Frente de la Fuerza Unida Revolucionaria –cuyo líder también es un rizeigat– y el Frente Sudanés Revolucionario –de la tribu mahamid, que recientemente se ha afiliado al MJI.

A pesar de que cada grupo de rebeldes tiene sus propios problemas de unidad y rivalidad, existen factores que no afectan solo al E/MLS y al MJI, sino que

contribuyen a la división del resto de grupos, como se ve en las divisiones entre comandantes militares e intelectuales, o entre los jóvenes líderes y participantes, por un lado, y las autoridades tradicionales de sus comunidades, por otro.

El apoyo popular en Darfur a los rebeldes ha conocido grandes cambios durante los cinco años de violencia extrema. Aunque una gran mayoría apoyaba su agenda (no solo verbalmente, sino también a través del suministro de comida, dinero, alojamiento, información y de su propia fuerza bruta), una mayoría de los darfuríes manifestaron su oposición a la rebelión armada, argumentando que solo se conseguiría causar aún más violencia. Después del APD, la situación de seguridad había empeorado tanto que muchos darfuríes empezaron a creer que la resistencia armada era la única solución para adquirir seguridad y volver a casa. Sin embargo, a mediados de 2007, muchos darfuríes se mostraron escépticos ante la posibilidad de una futura victoria de los rebeldes a consecuencia de la fragmentación y los choques entre ellos. Algunos incluso han llegado a acusarlos de cometer abusos y de alimentar el continuo sufrimiento de la población civil⁴².

4. La reacción de la comunidad internacional

4.1. Las Naciones Unidas

Aunque la reacción de la comunidad internacional frente al conflicto en Darfur no fue igual a la registrada en otros conflictos como el de la República Democrática del Congo o el de Ruanda, tuvo en común con ellos su alto componente de ignorancia y de falta de voluntad para actuar a tiempo. Esa ignorancia no se notó solo una vez, sino que se puso de manifiesto de manera reiterada. Como ya se recogía anteriormente, cuando en los años ochenta la situa-

⁴² Tanner, V. y Tubiana, J., *op. cit. id.*, pp.37-39.

ción empeoró, la comunidad internacional no hizo nada, exceptuando los Estados Unidos. Durante los años noventa el mundo permitió que las tensiones siguieran aumentando hacia una situación de violencia endémica y, cuando en 2003 ya era imposible negar que Darfur estaba siendo azotado por una rebelión, pasó más de un año hasta que la comunidad internacional reaccionó a través del Consejo de Seguridad de la ONU.

En cualquier caso, la primera resolución (Resolución 1556, de julio de 2004) que el Consejo adoptó sobre Darfur solo condenaba los actos de violencia y violaciones de Derechos Humanos y de Derecho Humanitario, convocando al Gobierno sudanés a desarmar a los yanyauid y obligando a todos los Estados a impedir la venta o la entrega de armas (y de otros bienes militares) a todos los grupos armados no gubernamentales que operaban en la zona. La responsabilidad de intervenir para lograr el cese de la violencia fue traspasada a la recién creada UA. Aunque el Consejo de Seguridad amenazó en la posterior Resolución 1564 con sanciones contra Sudán por no cumplir las obligaciones que se le habían impuesto en las resoluciones anteriores a septiembre de 2004, estas sanciones no llegaron a ponerse en marcha hasta marzo de 2005, cuando el Consejo prohibió los viajes y ordenó la congelación de fondos de aquellos que impidiesen el proceso de paz, cometiesen atrocidades y violaciones de Derechos Humanos, vendiesen o facilitasen armas y otros bienes militares, o fuesen responsables de vuelos militares sobre Darfur. Como en las ocasiones anteriores, el Consejo de Seguridad seguía aprobando resoluciones, pero éstas no tenían ningún efecto.

Mientras tanto, quedó claro que la AMIS era incapaz de proporcionar un mínimo de seguridad a los darfuríes. Las cosas cambiaron el 31 de julio de 2007, cuando el Consejo de Seguridad aprobó la Resolución 1769, según la cual se transfirió el mandato de AMIS a la UNAMID, una fuerza de 19.555 soldados y 6.432

agentes policiales compuesta en gran medida de tropas de la Unión Africana, pero financiada por la ONU (el 22 de diciembre de 2007 el Consejo aprobó un presupuesto de 1.280 millones de dólares estadounidenses para financiar la operación hasta julio de 2008), que sucedería a AMIS el 31 de diciembre de 2007⁴³.

Su mandato, auspiciado por el Capítulo VII de la Carta de la ONU, estipula garantizar la seguridad y la libertad de movimiento de su propio personal y de los cooperantes humanitarios, proteger a los ciudadanos darfuríes y apoyar e implementar el APD. Se preveía que fuera completamente operativa a partir del 1 de enero de 2008, pero por múltiples problemas esto todavía no ha sucedido. Debido a esta situación, va emergiendo día a día la imagen de un fracaso que, sin duda, socavará todavía más la credibilidad de la organización multilateral.

Además de la Resolución 1769, el Consejo aprobó la Resolución 1778, que llevó a la creación de la Misión de la ONU en el Chad y la República Centroafricana (MINURCAT), una fuerza multidimensional de un máximo de 300 agentes y 50 oficiales militares, amparados también por el Capítulo VII de la Carta de la ONU, que tiene como objetivo proteger a los civiles, a los refugiados, a los desplazados internos y al personal de las organizaciones humanitarias, así como defender los Derechos Humanos y asegurar la libertad de movimiento de todos ellos en el este del Chad y en el nordeste de la República Centroafricana, en cooperación con la Fuerza de la Unión Europea para Chad/República Centroafricana (EUFOR Chad/CAR) y los dos Estados. En particular, esta misión es la encargada de la crear y formar la policía chadiana⁴⁴.

Una de las preguntas clave en torno a este conflicto es por qué ha tardado tanto en producirse una reacción de la ONU, cuando desde el principio Darfur fue percibido ya por Kofi Annan y sus colegas como el caso más obvio en el que debería aplicarse el prin-

⁴³ Consejo de Seguridad de la ONU (31/07/2007): "S/RES/1769", New York, www.un.org/Docs/sc/unsc_resolutions07.htm

⁴⁴ Consejo de Seguridad de la ONU (25/09/2007): "S/RES/1778", New York, www.un.org/Docs/sc/unsc_resolutions07.htm

La relación entre Sudán y China es la de una pareja perfecta, ya que Jartum ofrece lo que Beijing está buscando incansablemente: recursos energéticos para alimentar su economía (cuyo crecimiento es necesario para la supervivencia del régimen)

cipio de “Responsabilidad de proteger” y como el conflicto en el que se demostraría que la ONU es válida por sí misma y puede actuar frente a situaciones de extrema violencia. Aparte del hecho de que la ONU tenía miedo de que presionar demasiado al Estado sudanés o tomar decisiones sin su aprobación pudiera arriesgar el incipiente proceso de paz entre el norte y el sur y los esfuerzos humanitarios de la ONU, tanto en Darfur como en el sur de Sudán, la respuesta principal está inherentemente vinculada al propio funcionamiento de la organización, según el cual el Consejo de Seguridad

es quien decide los temas de los que puede ocuparse. En este caso, cada uno de los cinco miembros permanentes tenía sus razones para bloquear o debilitar la presión sobre Jartum o para intentar evadir su responsabilidad. Aunque Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia querían que la violencia cesase, no estaban dispuestos a enviar tropas ni a proveerlas de los recursos necesarios (como los imprescindibles helicópteros). Los otros dos miembros permanentes preferían, sencillamente, que no hubiese ningún tipo de intervención de la comunidad internacional.

4.2. China

La relación entre Sudán y China es la de una pareja perfecta, ya que Jartum ofrece lo que Beijing está

buscando incansablemente: recursos energéticos para alimentar su economía (cuyo crecimiento es necesario para la supervivencia del régimen). Por su parte, China ofrece todo lo que el Gobierno sudanés busca. Desde 1999 Sudán explota y exporta petróleo (véase: Tabla 10) y Beijing ha podido disfrutar del antagonismo entre el régimen y Occidente –las ONG y los Gobiernos occidentales, con Washington a la cabeza, han presionado fuertemente a las empresas occidentales operativas en el sector del petróleo para cesar sus actividades, dado el carácter del régimen sudanés y la guerra civil– y de su propia política exterior para ocupar la mayor parte del espacio en ese sector. La empresa de petróleo nacional china, China National Petroleum Corporation (CNPC), acumuló, a partir de 1995, más del 40% de los derechos de explotación en los mayores consorcios de petróleo y entre el 35 y el 95% en los demás⁴⁵. En total, se estima que China habría recibido aproximadamente el 70% de toda la producción de petróleo sudanesa⁴⁶.

A cambio, China proveía al régimen sudanés de armas (la ONU averiguó que en 2005 China acababa de transferir una suma de 23 millones de dólares estadounidenses de armas a Sudán, lo que lo convierte en su mayor proveedor⁴⁷), tecnología y material militar (China ha vendido helicópteros de combate que han sido utilizados para atacar pueblos en Darfur), préstamos blandos o sin intereses, financiación para grandes proyectos de infraestructuras –sobre todo en el sector del petróleo, aunque también para la construcción de la presa de Merowe (un proyecto de 1.500 millones de dólares estadounidenses), y casi exclusivamente en la región de Jartum–, la cancelación de deudas y, quizás lo más importante, protección internacional. En esa línea el Gobierno chino se ha encargado puntualmente de vaciar de contenido cada Resolución en cuanto a sanciones para el régimen, debilitando o haciendo imposible cualquier decisión con respecto al despliegue efecti-

⁴⁵ Small Arms Survey (2007): “Arms, oil, and Darfur”, *Small Arms Survey. Sudan Issue Brief*, 7, Geneva, pp. 1-4.

⁴⁶ Tamames, Ramón (2008): “China en rápido crecimiento. Política económica exterior y relaciones con África”, *Boletín África, la nueva frontera China*, Casa Asia y Casa África, Barcelona, p. 31.

⁴⁷ Sudan Tribune (08/12/2007): “Darfur rebel leader plans attack on Chinese oil firms”, *Sudan Tribune*.

vo de una fuerza internacional bajo los principios de no intervención y soberanía estatal.

China, junto con otros países implicados en el sector del petróleo como Malasia e India, también es corresponsable de la gravedad y la continuación del conflicto en Darfur, por otras vías. Gracias a la exportación del petróleo, los ingresos estatales de Jartum han aumentado exponencialmente en los últimos años. Una gran parte de esos nuevos recursos –el Small Arms Survey supone que hasta un 80% del total⁴⁸– han sido utilizados para importar armas y mejorar la propia industria militar (según el Small Arms Survey, en 2006 Sudán gastó 535 millones de dólares estadounidenses en armas y munición⁴⁹), lo que le permite sostener su opción militar para resolver el problema que le plantea Darfur.

Es un hecho obvio que la política exterior de China está guiada por intereses y no por principios. Eso implica que cuando sus intereses cambian, no tiene ninguna dificultad para modificar su postura. Aunque sería erróneo decir que China ha cambiado de actitud frente a Jartum, se puede decir que ha habido una modulación de su política internacional frente al conflicto de Darfur. A pesar de que quiere aprovechar los Juegos Olímpicos de 2008 para demostrar al mundo que sí es un país normal, que puede afrontar sus responsabilidades, el dirigente Partido Comunista ha tomado una serie de medidas para rechazar la crítica sobre sus responsabilidades en el conflicto en Darfur y para defenderse contra la campaña llamada *Genocide Olympics*, iniciada por famosos (actores y directores de Hollywood) y no famosos estadounidenses. Esto se ha reflejado, por ejemplo, en su decisión de aceptar la Resolución 1769 y su envío de tropas chinas como parte de esa fuerza híbrida. Sin embargo, sigue protegiendo al régimen sudanés en el Consejo de Seguridad, como se refleja en la misma Resolución 1769, al no haber impuesto ninguna sanción hasta el día de hoy y, en su lugar,

continuar sus relaciones económicas, políticas y militares con Sudán (aunque eso suponga violar el embargo impuesto por el propio Consejo). Esto hace pensar que se equivocan quienes están convencidos de que China va a presionar más al régimen de Jartum para buscar una solución sobre Darfur, aunque solo sea por su interés en la estabilidad de ese país para asegurar su acceso al petróleo. La realidad es que, aunque la inestabilidad entre el norte y el sur y el conflicto en Darfur dificulta sus operaciones en Sudán, China ha registrado año tras año un crecimiento de su importación de petróleo sudanés.

4.3. Rusia

Rusia es el otro de los cinco miembros permanentes en el Consejo de Seguridad que ha impedido una postura más dura frente a Sudán. Aunque menos abiertamente que Beijing, Moscú, con su tradicional abstención, ha intentado evitar una intervención internacional bajo el principio de “Responsabilidad de proteger”. La intención de Rusia es cerrar el paso a la injerencia en la soberanía nacional y en los asuntos internos. En esencia, Moscú teme que una intervención en Sudán cree un precedente que permita mañana a la comunidad internacional hacer lo mismo en Chechenia⁵⁰. Además, está convencida de que una intervención internacional con tropas occidentales no es nada más que imperialismo occidental bajo el paraguas del humanitarismo.

Aparte de debilitar al Consejo de Seguridad, no es ningún secreto que Rusia siguió vendiendo armas a Sudán tras 2003.

4.4. Estados Unidos

La postura de los Estados Unidos con respecto a Darfur ha sido definida por Prunier como una actitud

⁴⁸ Small Arms Survey (2007): “Arms, oil, and Darfur”, *Small Arms Survey. Sudan Issue Brief*, 7, Geneva, p. 4.

⁴⁹ Small Arms Survey (2007): “The militarization of Sudan”, *Small Arms Survey. Sudan Issue Brief*, 6, Geneva, p. 5.

⁵⁰ Cohen, Roberta (2005): “The international response to Darfur”, *Forced Migration Review*, Refugees Studies Centre, University of Oxford, Oxford, p. 7.

entre “*engagement*” y “*electioneering*”⁵¹, aunque también cabría definirla como algo situado entre el humanitarismo y el realismo. La evidencia es que la administración de George W. Bush no dejó de proclamar durante estos últimos cinco años que Darfur era un genocidio y que la comunidad internacional debía intervenir. Sin embargo, Washington se ha quedado solo con su retórica por varias razones.

En primer lugar, como consecuencia del proceso de paz entre el sur y el norte. Washington fue el gran motor que impulsó el proceso de paz entre el PCN y el MLPS, que terminaría con una guerra brutal cuyas causas venían arrastrándose desde hacía cincuenta años. Lo último que Washington quería o quiere es un Estado sudanés completamente colapsado, dado que teme que tal Estado se pueda convertir en caldo de cultivo para la proliferación de islamistas anties-tadounidenses (como al Turabi). Lo cierto es que la Casa Blanca, como muchos Gobiernos, prefieren a al Bashir a un régimen islamista radical. Además, dado que existía la esperanza de que un acuerdo entre el norte y el sur resolvería el conflicto en Darfur por la participación de representantes del sur en un Gobierno nacional, se optó por una actitud de mayor paciencia hacia los rebeldes. Por eso, Washington buscaba evitar que Darfur perjudicara el proceso de paz entre 2003 y 2005 y, como consecuencia, Darfur se desplazó a un segundo plano. El proceso de paz desarrollado en Naivasha tenía que terminar con un resultado positivo por estas razones y también porque 2004 fue un año de elecciones y Bush quería obtener los votos de los fundamentalistas cristianos y los judíos, ambos firmemente anti-PCN. Eso hace que, aún hoy, el AGP siga siendo la prioridad estadounidense con respecto a Sudán.

La segunda razón fue el contexto de Iraq y Afganistán. Iraq no solo ha demostrado que los Estados Unidos están confrontados con lo que se llama *imperial overstretch*, sino también que invadir otro país musulmán es demasiado arriesgado para los propios soldados estadounidenses (y por ende para la

propia imagen del régimen estadounidense), además de que no sería nunca aceptado por la región ni por el mundo islámico. Asimismo, según la posición sostenida por el Gobierno de Bush, su presencia en esos países impide la entrega de material y equipamiento militar a la fuerza híbrida prevista para Sudán.

La última razón importante para no actuar directamente contra el PCN ha sido la “guerra contra el terror”. Como al Bashir y sus colegas habían servido como huéspedes de Osama ben Laden en los años noventa, Sudán era ahora un aliado útil, sobre todo por la información que podía poseer sobre la red terrorista de Al Qaeda. Diferentes medios de comunicación han hecho referencia a los vuelos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y los contactos directos con los altos mandos de los servicios de información sudaneses, incluyendo a su máximo responsable, Salah Abdalah Gosh, para celebrar reuniones de alto nivel con el fin de compartir información.

En un intento de legitimar su pasividad, Washington ha destinado aproximadamente 600 millones de dólares estadounidenses al año en ayuda humanitaria, en un comportamiento que coincide con el de la práctica totalidad de las organizaciones multilaterales y de los gobiernos occidentales. No obstante, Darfur destacó sobre todo en los últimos meses en la política exterior de Washington por la nueva crisis entre el sur y el norte, la resistencia de Jartum al despliegue de la fuerza híbrida y la gran crítica interna tanto de las ONG como de algunos personajes famosos y del propio Congreso. Aunque gran parte del revuelo producido no ha sido más que retórica consistente en amenazar con sanciones en el Consejo de Seguridad, Washington ha aprobado una nueva ley (el *Divestment Bill*), que busca afectar a las mayores fuentes de ingresos de Jartum; es decir, a los que se benefician de la actividad en sectores como el petróleo, la energía, la minería y el material militar (aspirando a que los Gobiernos locales y estatales desinviertan su capital en empresas implicadas en esos cuatro sectores sudaneses). Washington tam-

⁵¹ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, pp. 138-140.

bién ha ayudado logísticamente al AMIS y a la fuerza híbrida para transportar tropas y construir bases. Así, si bien es cierto que se puede poner en tela de juicio la política de la Casa Blanca, no podemos olvidar que, hasta el día de hoy, Estados Unidos es el único país en el mundo que, ya desde 1977, ha puesto en marcha sanciones económicas contra Sudán.

4.5. *La Unión Europea y los países europeos*

Brevemente se puede decir que la Unión Europea (UE), como tal, está casi completamente ausente en todo el debate sobre una intervención militar en Darfur y además, no ha podido, como siempre en estos temas, llegar a una política coherente y fuerte. Ninguno entre los Veintisiete que podían hacer algo han mostrado un claro interés por estar presentes en los intentos por resolver esta crisis o han sostenido que no podían intervenir por diferentes causas. Aunque los dos nuevos líderes de Francia y Gran Bretaña, Nicolas Sarkozy y Gordon Brown, fueron vistos como los impulsores principales de la Resolución 1769 –una exageración que oculta el papel de China para lograr la aprobación por parte de Sudán–, ninguno de los dos países hizo nada para resolver los grandes problemas que tiene la UNAMID hasta hoy en día en cuanto a material y medios. Gran Bretaña dice que está demasiado implicada en Afganistán, Iraq y Kosovo como para facilitar o proveer material militar; una justificación que sirve también a Alemania, debido a su presencia en Afganistán. Por su parte, los países escandinavos y los Países Bajos han entregado fondos considerables para la ayuda humanitaria, pero han preferido una política de silencio con respecto a la política de Jartum.

Parte de esta actitud de la mayoría de los países comunitarios se puede explicar por la misma razón

que sirve para entender la actitud de los Estados Unidos; es decir, no poner en peligro el proceso de paz entre el sur y el norte.

Francia quería cesar la violencia porque estaba preocupada por las consecuencias del conflicto en la medida en que éste afectara a sus aliados en la región (el Chad y la República Centroafricana), pero no actuó hasta que estuvo claro que, tras el ataque de los rebeldes de Mahamat Nur a Yamena –en abril de 2006, lanzado desde Darfur y apoyado por Jartum–, el conflicto en Darfur desestabilizaría a su aliado chadiano⁵². Este último argumento es el que tenemos que tener en cuenta para interpretar la decisión de desplegar la EUFOR Chad/CAR, con 3.700 efectivos, de los cuales más de 2.000 son franceses. Esta Fuerza tiene como objetivo principal garantizar la seguridad, con el uso de la fuerza si es necesario, de la población, incluyendo a los refugiados y desplazados internos. Después de varios aplazamientos por falta de tropas y de material (sobre todo helicópteros), así como por la deteriorada situación de seguridad en el Chad, el despliegue ha empezado, por fin, a mediados de febrero de 2008.

Dados los cinco años de inmovilismo acumulados por la incapacidad, pero sobre todo por la mala voluntad, para actuar, la comunidad internacional intentó desviar la atención acentuando sus esfuerzos con respecto a la ayuda humanitaria. Desde 2003 hasta finales de 2007, los países occidentales solo tuvieron un enfoque humanitario de la crisis, aunque sabían muy bien que solo una operación militar podía ser eficaz. No obstante, planteaban un discurso ilusorio en el que la ayuda humanitaria sería capaz de resolver el conflicto por sí sola. Como consecuencia, se desarrolló la mayor operación humanitaria del mundo en la que, según cifras de la ONU, se gastaron 1.000 millones de dólares estadounidenses al año⁵³.

Sin embargo, también en este tema la lentitud de la comunidad internacional se vio reflejada, ya que la

⁵² Africa Confidential (2006): “Déby hangs on”, *Africa Confidential*, vol. 47, n.º 9, pp.4-6. Africa Confidential (2006): “Sudan targets Central Africa”, *Africa Confidential*, vol. 47, n.º 24, p. 5.

⁵³ Knickmeyer, Ellen (08/11/2007): “Darfur’s ‘moment of truth’ yields little; optimism as talks began shatters against realities of long conflict”, *The Washington Post*, Washington.

primera ayuda a los campos en el Chad llegó a mediados de febrero de 2004, unos nueve meses después de que el primer darfurí hubiese cruzado la frontera. La ayuda a la población que intentaba sobrevivir en Darfur llegó aún más tarde. Además, hubo problemas de financiación continuamente. En 2005, por ejemplo, la OCHA solo recibió el 63% de sus necesidades financieras para Darfur⁵⁴. Un problema que afectaba también a las otras agencias de ayuda de la ONU operativas en el terreno.

4.6. La Unión Africana

Para la Unión Africana, Darfur constituía la oportunidad de demostrar su capacidad para resolver los conflictos del continente. En el tiempo transcurrido desde su creación, Darfur ha demostrado, lamentablemente, que la UA todavía no tiene los medios ni una voluntad política suficientemente firme como para afrontar tales retos. Su misión, AMIS, desplegada en agosto de 2004 en forma de 150 soldados ruandeses y 150 soldados nigerianos y reforzada hasta llegar a los 7.000 efectivos aproximadamente, no contaba con un mandato, ni los medios (militares y financieros) –Prunier señala que en 2003 la UA tuvo un presupuesto de 43 millones de dólares estadounidenses, de los cuales 23 no fueron entregados por sus miembros, y que los costes para la operación de paz en Darfur fueron estimados en aproximadamente 250 millones de dólares estadounidenses⁵⁵– que permitieran mejorar la situación. No obstante, la ONU, la UE y los Estados Unidos aparentaban estar contentos con el AMIS porque podían utilizarlo para demostrar que sí había sucedido algo. Además, divulgaron un discurso en el que exageraron las capacidades de la UA, para así legitimar su propia pasividad y para evitar implicarse más en la crisis. Por lo tanto, estaban

más dispuestos que nunca a financiar y ofrecer servicios logísticos a AMIS. Cuando en 2005 la UA pidió ayuda a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la Alianza Atlántica accedió a ocuparse del transporte de las tropas, el entrenamiento de las mismas y las comunicaciones⁵⁶. Sudán también estaba satisfecho con AMIS, a pesar de que su presencia no cambió nada, y de que ni siquiera impidió nuevas ofensivas ni tampoco la continuación del apoyo a los yanyauid.

Su tarea principal fue proteger a los ciudadanos y al personal humanitario, pero no fue siquiera capaz de proteger a sus propios soldados, lo que se reflejó claramente en el ataque de los rebeldes (según la ONU, era el MJI⁵⁷) a la base de AMIS en Haskanita en septiembre de 2007 (en el que murieron 12 soldados). Además, a pesar de que AMIS fue incapaz de poner freno a la violencia y de ofrecer un mínimo de seguridad, muchos darfuríes empezaron a percibir cierta inclinación de la misión hacia el régimen de al Bashir, lo que llevó a que ésta fuera víctima de ataques por parte de desplazados internos y de rebeldes. Por todos estos motivos, AMIS ha sido considerada un auténtico fracaso. Sin embargo, hay que decir en su favor que tuvo al menos cierto éxito a la hora de procurar algo de seguridad, aunque muy temporalmente, a los campos de desplazados internos.

4.7. Los países vecinos y la Liga Árabe

A pesar de que los países vecinos estaban siendo afectados directa o indirectamente por el conflicto en Darfur, sus políticas no ayudaban al cese de la violencia y, en contraste, contribuían al empeoramiento de la situación. La “proxy guerra” entre el Chad y Sudán, dentro de la cual cada país apoyaba a los rebeldes del otro, llevó a una situación en la que la

⁵⁴ Human Rights Watch (2006): “Darfur: Humanitarian aid under siege”, *Human Rights Watch Background Briefings*, New York, pp. 26-27.

⁵⁵ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, p.144.

⁵⁶ Alaminos, María Ángeles (2008): “El conflicto de Darfur: un reto para la credibilidad de la Unión Africana”, *UNISCI Discussion Paper*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 239-240.

⁵⁷ ONU (05/11/2007): “Informe del Secretario General de la ONU”, *S/2007/653*, New York, www.un.org/Docs/sc/sgrep07.htm.

crisis en Darfur se fue convirtiendo en una de las causas principales de la violencia actual en el Chad (la otra causa principal es el sistema político, económico y social del propio país⁵⁸).

Por lo que respecta a Libia, Gadafi dejó de jugar el papel de alborotador en Darfur, como había sucedido en los años sesenta y ochenta y, por el contrario, hizo intentos de cesar la violencia al organizar cumbres de paz en su territorio. A finales de 2007 la ONU y la UA vieron a Gadafi como un actor clave en las negociaciones de paz, por su pretendida influencia tanto sobre Jartum como sobre ciertos líderes rebeldes. Sin embargo, Trípoli ha ayudado al régimen sudanés al rechazar cualquier intervención internacional y, en los momentos en los que alguna ha tenido lugar, ha apoyado a al Bashir y a sus aliados (como también hace Egipto) en su exigencia de que todas las fuerzas de UNAMID deberían provenir de países africanos. Además, Gadafi practica el mismo discurso y estilo de provocación que Jartum, sosteniendo públicamente en la Cumbre de Paz en Sirte que el conflicto en Darfur no es más que “una disputa entre tribus por camellos”, que los darfuríes son capaces de resolver el conflicto por sí mismos y que los refugiados y desplazados darfuríes están contentos de permanecer en los campos porque allí reciben alimentos gratuitos. El motivo por parte de Libia para organizar varios procesos de paz tiene que ver con su deseo de mejorar su imagen internacional, tratando de proyectar la idea de que se trata de un verdadero pacificador regional.

Igual que Libia, Egipto juega un papel ambiguo. Por un lado, ha intentado reunir a los rebeldes con el Gobierno para llegar a una solución; pero por otro, sigue apoyando al régimen de al Bashir, al enfatizar que solo las tropas africanas pueden participar en la fuerza híbrida. La prioridad de El Cairo es evitar la fragmentación de su país vecino, pues eso no solo pondría en juego su seguridad nacional, sino también

su control sobre la parte norte del Nilo⁵⁹. Es ese temor el que ha llevado a Egipto a contribuir a UNAMID con 1.200 soldados

Mientras que la UA ha tratado de hacer algo, otra institución regional, la Liga Árabe, ha resuelto mantenerse en una absoluta pasividad, limitándose a expresar su preocupación por la violencia en Darfur⁶⁰. Al igual que sus miembros individuales, la Liga ha fracasado en su apoyo a una reacción internacional para proteger a los habitantes de la región. Verbalmente, la Liga y sus miembros han apoyado al AMIS, pero en realidad su política ha estado alineada con la postura oficial de Jartum, al rechazar la presencia de cualquier otra fuerza internacional. Por su parte, los dos países árabes con asiento temporal en el Consejo de Seguridad de la ONU, Argelia y Qatar, se han dedicado a obstaculizar la aprobación de las resoluciones que condenaban o imponían sanciones a miembros del régimen y líderes de los yan-yauid.

4.8. Política de Jartum frente a la comunidad internacional

Otra razón del inmovilismo de la comunidad internacional y del retraso del despliegue de UNAMID es el inteligente juego diplomático que ha desplegado el PCN. En primer lugar, el régimen minimiza la amplitud del conflicto –atribuyendo la violencia en la región a choques entre tribus– y su gravedad –estimando el número de muertes en apenas 9.000. Al mismo tiempo, explota perfectamente el miedo que existe entre los países occidentales a un posible fracaso del proceso de paz entre el norte y el sur si presionaran demasiado al PCN. Además, ha alimentado con fuerza el recelo que se vive en muchas sociedades musulmanas y árabes al igualar las intervenciones humanitarias a puro imperialismo occidental,

⁵⁸ Arteaga, Félix (2008): “The Chad conflict, United Nations (Minurcat) and the European Union (EUFOR)”, *Area: Subsaharan Africa/Defence & Security*, Real Instituto Elcano, Madrid, pp. 1-8.

⁵⁹ Connell, Dan (2003): “Peace in Sudan. Prospect or pipe dream?”, *Middle East report*, Washington, pp. 4-7.

⁶⁰ Hasbani, Nadim (2007): *About the Arab stance vis-à-vis Darfur*, Al-Hayat, Beirut,

después de que los Estados Unidos hubieran utilizado el término para defender su invasión en Iraq. Este mismo discurso, junto con amenazas directas a cualquier país occidental que tenga la idea de poner sus tropas al servicio de una fuerza internacional, es el que enfatiza ante su propia opinión pública, sabiendo que ningún Gobierno se arriesgará a sacrificar una sola vida en una región en la que no tiene ningún interés vital en juego. Incluso el propio al Bashir ha amenazado en varias ocasiones con lanzar un *yihad*. Además, con respecto a una posible intervención internacional, el mismo al Bashir ha usado todos los medios diplomáticos para bloquearla, retrasarla o dificultar su despliegue.

Así, primero rechazó la Resolución 1706 y, cuando la presión internacional aumentó de tal modo que se veía en la imposibilidad de volver a rechazar un nuevo plan para una intervención, el PCN empezó a desarrollar una política que, en sustancia, ha consistido en ir poniendo problemas (hasta en los detalles de cómo tenía que ser, por ejemplo, el color del uniforme) sobre la firma de lo que en inglés se denomina el *Status of Force* (mediante el que se regula

el trabajo de una fuerza de intervención), la nacionalidad de las tropas (solo quería soldados de países africanos, rechazando a escandinavos, tailandeses o nepalíes, aunque el acuerdo entre la ONU y Sudán sobre UNAMID solo mencionaba el carácter predominantemente africano de la Fuerza, y al margen de que al Bashir sí aceptara contribuciones de China y

Pakistán), la realización de vuelos nocturnos, la imposición de estar informado de antemano sobre todos los movimientos de UNAMID y la decisión de no ofrecer terreno adecuado para el despliegue de la Fuerza. De igual modo, le ha interesado el deterioro de la situación en Darfur y la región intentando así que el despliegue de UNAMID resultara poco menos que imposible (muchos analistas consideran que el ataque a Yamena, en febrero de 2008 por parte de rebeldes chadianos, fue en realidad ordenado por el PCN para impedir tanto el despliegue de UNAMID como de EUFOR en el Chad).

4.9. *Un genocidio en marcha*

Cuando hablamos de Darfur, no pasa mucho tiempo sin que sea necesario plantearse si estamos ante un “genocidio” o una “limpieza étnica”, o sin que se establezca un análisis comparativo con el trágico caso de Ruanda. Lo cierto es que el debate acerca de cómo debe ser definido el conflicto en Darfur es algo que solo se plantea en el mundo occidental y que, además, está vinculado con un feo juego entre los Estados Unidos y la ONU.

La idea de que lo que estaba ocurriendo en Darfur era un genocidio de la población africana por parte de los árabes y Jartum surgió por primera vez en la escena internacional a finales de junio de 2004, cuando el Congreso estadounidense aprobó una resolución que lo calificaba en esos términos. En septiembre de ese mismo año, Colin Powell, por aquel entonces Secretario de Estado estadounidense, afirmó que así lo consideraba Washington. Sin embargo, otros actores e instituciones internacionales como la ONU, la UE, la UA y la Corte Penal Internacional prefirieron entenderlo como una limpieza étnica. Aparte de esas distintas percepciones, Prunier pone al descubierto otro elemento que explica por qué Estados Unidos y la ONU diferían en su opinión⁶¹. Al utilizar el término “genocidio”, Washington quería presionar

⁶¹ Prunier, Gérard, *op. cit. id.*, pp. 142-143.

a la ONU para actuar inmediatamente, ya que, según el Convenio sobre el Genocidio de 1948, la ONU tiene la obligación de intervenir en esos casos. Teniendo en cuenta que otra misión fracasada podía quitar de un plumazo el resto de credibilidad que aún le quedaba a la ONU en ese momento, ésta prefería mantenerse a cierta distancia del conflicto en Darfur, y por eso Kofi Annan hizo todo lo posible para evitar que la ONU tuviera que intervenir nuevamente, sin obtener los medios necesarios para actuar con suficientes garantías de éxito. Para los darfuríes las disquisiciones de este debate no tienen ninguna relevancia, aunque hay que admitir que sin el marchamo “genocidio”, Darfur no recibiría nunca tanta atención en los medios de comunicación.

Quizás lo más triste de toda esta historia es que algunos hechos demuestran claramente que, cuando la comunidad internacional presionó al gobierno de Jartum, se produjeron resultados positivos en el terreno. Las visitas a Darfur del entonces Secretario General de la ONU, Kofi Annan, y del Secretario de Estado, Colin Powell, en junio de 2004, junto a las críticas por parte de varios Estados, llevaron a un cambio de postura de Jartum en lo relacionado con la presencia de las ONG y los agentes de la ONU en Darfur. El Gobierno abolió entonces una gran parte de sus restricciones a las organizaciones humanitarias y permitió la entrada de monitores internacionales de Derechos Humanos y de un equipo de investigadores de la ONU, que debía estudiar si había existido genocidio o no. Otro ejemplo del mismo tipo fue la aceptación de la Resolución 1769 por parte del Gobierno sudanés, tras la fuerte presión de China, que empezaba a preocuparse por su imagen internacional y el posible bloqueo de sus Juegos Olímpicos.

5. Perspectivas

Aunque parece que el Consejo de Seguridad de la ONU está convencido de que UNAMID terminará con

éxito, los acontecimientos en el terreno demuestran que la misión en su forma actual no será nunca capaz de cumplir su mandato. Actualmente (en mayo de 2008), de los 26.000 efectivos previstos, solo aproximadamente 9.200 están ya en el terreno (y se esperan unos 1.800 adicionales a mediados de año) y aunque la misión ha sido capaz de desplegar patrullas en algunos campos, los nuevos ataques aéreos y terrestres por parte de las FAS y los yanyauid, y sus choques con el MJI en Darfur Occidental –que han supuesto 13.000 nuevos refugiados en el Chad– demuestran que, de momento, UNAMID no es más que una gota de agua en un mar tenebroso y que la situación no mejorará en el inmediato futuro.

Además, podemos preguntarnos si una fuerza híbrida, que solo aporta las limitadas capacidades de combate de unos pocos países africanos, es capaz de cumplir su mandato. Muchos analistas y el propio comandante de la Fuerza, el nigeriano Martin Luther Agwai –que asume que “la realidad es que no muchos países africanos pueden proporcionar tropas que puedan autosostenerse durante seis meses”⁶²– dudan que así sea y temen las consecuencias que pueden derivarse del incumplimiento del mandato. Otro serio problema deriva de la propia formulación del mandato, puesto que la responsabilidad que en la Resolución 1769 se le adjudica a UNAMID de proteger a los darfuríes solo es legítima en la medida en que no afecte a la responsabilidad del Gobierno sudanés. Esto permite que Sudán pueda mantener la postura de que la seguridad de los civiles es responsabilidad suya y, por tanto, negar a UNAMID toda competencia en este asunto, a pesar de que está claro que Sudán se encuentra lejos de cumplir sus responsabilidades en esta materia. Un problema adicional que cabe imaginar en el futuro es el que puede surgir en la relación entre la ONU y la UA, en tanto que no está nitidamente definido quién debe tomar las decisiones en cada caso (¿aquél que paga o aquél que provee las tropas?). Es este cúmulo de problemas actuales y previsibles lo que lleva a algunos analistas

⁶² Sudan Tribune (03/10/2007): “AU outnumbered, outgunned in Darfur-commander”, *Sudan Tribune*.

a argumentar que sería mejor que UNAMID actuara de manera pragmática, dirigiendo sus medios solo a unas tareas muy específicas –como crear seguridad en los campos, establecer zonas seguras y proteger a los convoyes humanitarios.

De otro orden es la amenaza que surgió hace unos meses de un nuevo conflicto violento entre el PCN y el MLPS. En octubre de 2007 el MLPS suspendió su participación en el Gobierno nacional, reprochando al PCN el haber bloqueado y no haber cumplido la implementación del AGP. Aunque aparentemente todo ha vuelto a la “normalidad”, con la vuelta del ELPS al Gobierno nacional en diciembre y el acuerdo sobre algunas medidas, todo resulta muy frágil, sobre todo por el tema de la región de Abyei. Esta zona forma la frontera entre el norte de Sudán, bajo el control del PCN, y el sur, bajo el control del MLPS; y dado que en ella hay muchos yacimientos de petróleo (varios analistas dicen que se trata de los más grandes del país, rentables por su rendimiento de más de 600 millones de dólares estadounidenses al año⁶³), ambos actores buscan decididamente someterla a su dominio. Desde la perspectiva del PCN, el abandono de Abyei equivale a debilitar aún más su poder económico (aunque Sudán tiene mucho petróleo, la mayoría está localizado en la parte sur) y político. Las tensiones entre el MLPS y el PCN desembocan en choques entre el ELPS y miembros del misiriya (una tribu de pastores cuyos miembros formaron una milicia local de Jartum en la guerra civil) y también en enfrentamientos directos entre el ELPS y el FAS.

Es importante recordar que, aunque muchos ven el AGP como el paso decisivo hacia la democracia y la resolución de todos los conflictos sudaneses, el texto

no es nada más que un acuerdo entre las élites del sur y del norte y, por lo tanto, ni augura por sí mismo que vaya a cambiar el estado de exclusión de Darfur, ni contempla muchos otros temas pendientes de resolución⁶⁴. En definitiva, el AGP no puede pasar por Darfur y viceversa, y para que este último llegue a una solución, el primero debe ser modificado. En las circunstancias actuales nada apunta a que los actores implicados directamente en este escenario estén dispuestos a modificar el AGP y nada asegura que, a la hora de la verdad, la comunidad internacional no vuelva a cometer el mismo error que en 2004-2005.

Como mínimo apunte de cierre, parece aconsejable insistir que la estabilidad en Darfur depende hoy de una intervención internacional eficiente, porque eso será lo que forzará a Jartum a cambiar sus cálculos si ve que su base de apoyo en Darfur se debilita.

Si hay algo que se deduce como elemento claro en el análisis de esta larga crisis es que el sistema internacional todavía no dispone de mecanismos sólidos de protección de la población civil sometida a la violencia, y más aún cuando el propio Estado utiliza su soberanía como escudo para poder seguir violando los derechos básicos de su población⁶⁵ y, al mismo tiempo, los actores principales en la escena política internacional no tienen un interés propio en juego que les lleve a intervenir (Ruanda 1994) y/o cuando uno de ellos tiene un interés contra una actuación internacional (casos de Chechenia, Darfur, Myanmar...). Asimismo, Darfur vuelve a mostrar el problema de los desplazados internos, ante un Estado que, siendo responsable de su protección y ayuda, no quiere asumir esas tareas, escudándose, una vez más, en su soberanía nacional.

⁶³ Ali, Wasil (10/12/2007): Interview: “Sudan opposition leader says ruling party under pressure”, *Sudan Tribune*.

⁶⁴ Cooke, Jennifer (2007): *Confronting the crisis in Sudan*, Center for Strategic & International Studies, Washington.

⁶⁵ Chang, Trish (2007): “Displaced in Darfur: An analysis of humanitarian and protection operations for the internally displaced in Darfur”, *KAIPTC Paper*, Kofi Annan international peacekeeping training centre in Accra, Accra, pp. 5-25.

Anexos

Tabla 1: Representación regional en los regímenes sucesivos tras la independencia

Region	States	Regimes Population share (2001)	Alazhari, Khallel, Aboud 1954-64	First democracy 1964-69	Nimeiri (military) 1969-85	Transitional Military Council 1985-86	Second democracy (Almahdi) 1986-89	Revolutionary Command Council (Albashir)		
								Jun 1989	Jul 1989- Dec 1999	Post- Turabi period Dec 1999
Eastern	Gadharif, Kasala, Red Sea	11.7	1.4	2.05	2.5	0	2.6	0	3	3.3
Northern	Northern, River Nile	4.7	79	67.9	68.7	70	47.4	66.7	59.4	60.1
Central	Blue Nile, Gezira, Khartoum, Sinnar, White Nile	36.9	2.8	6.2	16.5	10	14.7	0	8.9	6.6
Southern	Bahr Alghazal, Equatorial, Upper Nile	16.0	16	17.3	7.8	16.7	12.9	13.3	14.9	13.3
Western	Darfur, Kordofan	30.6	0	6.2	3.5	3.3	22.4	20	13.8	16.7

Fuente: Cobham, Alex (2005): "Causes of conflict in Sudan: Testing the Black Book", *QEH Working Paper Series*, University of Oxford, Oxford, p. 11.

Tabla 2: Ingresos y gastos para cada región entre 1996 y 2000

Region (no. states)	States with data	FY	Values in Sudan dinars				As % of 'North' values			
			Exp	Rev	Sub	Dev Exp	Exp	Rev	Sub	Dev Exp
North (2)	2	1996	1116.5	805.7	310.9	80.3	100.0	100.0	100.0	100.0
	2	1997	1932.6	1525.5	407.0	243.9	100.0	100.0	100.0	100.0
	2	1998	2861.3	2176.6	684.6	505.5	100.0	100.0	100.0	100.0
	2	1999	3369.4	2570.1	799.3	545.1	100.0	100.0	100.0	100.0
	2	2000	4426.8	2793.2	1633.6	928.1	100.0	100.0	100.0	100.0
Central (5)	5	1996	1223.9	1208.2	15.6	398.1	109.6	150.0	5.0	495.9
	5	1997	2096.7	2045.5	51.1	603.4	108.5	134.1	12.6	247.4
	5	1998	3165.4	3172.2	-6.8	1124.0	110.6	145.7	-1.0	222.4
	5	1999	3541.0	3381.5	159.5	1201.5	105.1	131.6	20.0	220.4
	3	2000	3821.4	3048.1	773.3	383.8	86.3	109.1	47.3	41.4
Khartoum (1)	1	1996	2028.3	1783.6	244.7	881.6	181.7	221.4	78.7	1098.1
	1	1997	3191.5	3166.5	24.9	1312.3	165.1	207.6	6.1	538.1
	1	1998	5005.9	5127.1	-121.2	2321.9	175.0	235.6	-17.7	459.3
	1	1999	5991.9	5994.0	-2.1	2705.7	177.8	233.2	-0.3	496.4
	1	2000	4767.9	4770.4	-2.5	671.2	107.7	170.8	-0.2	72.3
Central ex. Khartoum (4)	4	1996	644.3	793.7	-149.4	49.7	57.7	98.5	-48.1	62.0
	4	1997	1307.9	1237.9	70.0	92.6	67.7	81.1	17.2	38.0
	4	1998	1839.5	1763.8	75.6	261.0	64.3	81.0	11.0	51.6
	4	1999	1775.3	1499.3	275.9	117.8	52.7	58.3	34.5	21.6
	2	2000	2690.7	990.6	1700.1	40.5	60.8	35.5	104.1	4.4
East (3)	3	1996	912.2	943.1	-30.9	163.9	81.7	117.1	-10.0	204.2
	3	1997	1455.5	1521.7	-66.2	197.9	75.3	99.7	-16.3	81.2
	3	1998	1923.6	2279.8	-356.2	154.9	67.2	104.7	-52.0	30.6
	3	1999	2633.7	2240.6	393.1	298.2	78.2	87.2	49.2	54.7
	3	2000	2931.1	2323.0	608.1	246.3	66.2	83.2	37.2	26.5
West (6)	6	1996	521.6	389.1	132.5	22.2	46.7	48.3	42.6	27.6
	6	1997	742.3	691.1	51.2	56.9	38.4	45.3	12.6	23.3
	5	1998	1090.2	877.7	212.5	50.4	38.1	40.3	31.0	10.0
	3	1999	1815.5	1164.2	651.3	93.1	53.9	45.3	81.5	17.1
	2	2000	1922.2	1125.5	796.7	67.0	43.4	40.3	48.8	7.2
Darfur (3)	3	1996	546.5	423.0	123.5	28.2	48.9	52.5	39.7	35.1
	3	1997	730.0	701.3	28.7	72.5	37.8	46.0	7.1	29.7
	3	1998	965.8	733.1	232.8	28.4	33.8	33.7	34.0	5.6
	2	1999	1320.1	1024.3	295.8	80.4	39.2	39.9	37.0	14.7
	1	2000	1929.1	987.0	942.1	8.5	43.6	35.3	57.7	0.9
Kordofan (3)	3	1996	456.1	299.9	156.2	6.4	40.8	37.2	50.2	8.0
	3	1997	761.8	675.1	86.8	32.3	39.4	44.3	21.3	13.2
	2	1998	1370.7	1203.8	166.9	100.1	47.9	55.3	24.4	19.8
	1	1999	2631.1	1394.5	1236.6	114.0	78.1	54.3	154.7	20.9
	1	2000	1913.1	1307.4	605.7	143.9	43.2	46.8	37.1	15.5

Fuente: Cobham, Alex (2005): "Causes of conflict in Sudan: Testing the Black Book", QEH Working Paper Series, University of Oxford, Oxford, p. 16.

Tabla 3: División de sedes en el Revolutionary Command Council (1989)

Región	Nº De Representantes	%
Septentrional	10	66,7
Oriental	0	0
Central	0	0
Meridional	2	13,3
Occidental	3	20,0

Fuente: El-Tom, Abdullahi Osman (2003): "The Black book of Sudan: Imbalance of Power and Wealth in Sudan", *Journal of African National Affairs*, 1, pp. 25-35.

Tabla 4: División de ministerios tras el golpe de Estado de al Bashir y al Turabi

Región	Nº De Representantes	%
Septentrional	120	59,9
Oriental	6	3,0
Central	18	8,9
Meridional	30	14,9
Occidental	28	13,8

Fuente: El-Tom, Abdullahi Osman (2003): "The Black book of Sudan: Imbalance of Power and Wealth in Sudan", *Journal of African National Affairs*, 1, pp. 25-35.

*Tabla 5: Consejo Nacional para la distribución de recursos**

Región	Nº de representantes	%
Septentrional	19	76
Oriental	1	4
Central	1	4
Meridional	3	12
Occidental	1	4

Fuente: El-Tom, Abdullahi Osman (2003): "The Black book of Sudan: Imbalance of Power and Wealth in Sudan", *Journal of African National Affairs*, 1, pp. 25-35.

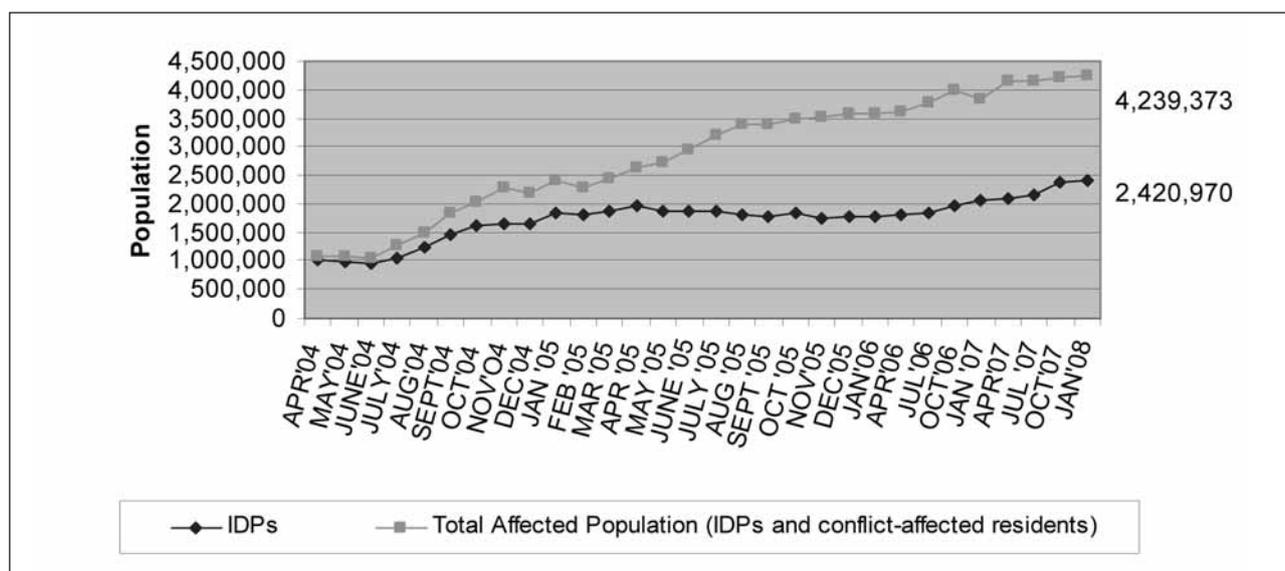
* Este Consejo fue establecido tras el comienzo de la producción y exportación de petróleo en 1999.

Tabla 6: Fiscales Generales del Estado

Región	Nº de representantes	%
Septentrional	8	67
Oriental	0	0
Central	3	33
Meridional	0	0
Occidental	0	0

Fuente: El-Tom, Abdullahi Osman (2003): "The Black book of Sudan: Imbalance of Power and Wealth in Sudan", *Journal of African National Affairs*, 1, pp. 25-35.

Tabla 7: Evaluación de la población afectada y desplazados internos entre abril de 2004 y enero de 2008



Fuente: (01/01/2008): *Darfur Humanitarian Profile*, N° 30, OCHA, United Nations.

Tabla 8: Petróleo en Sudán

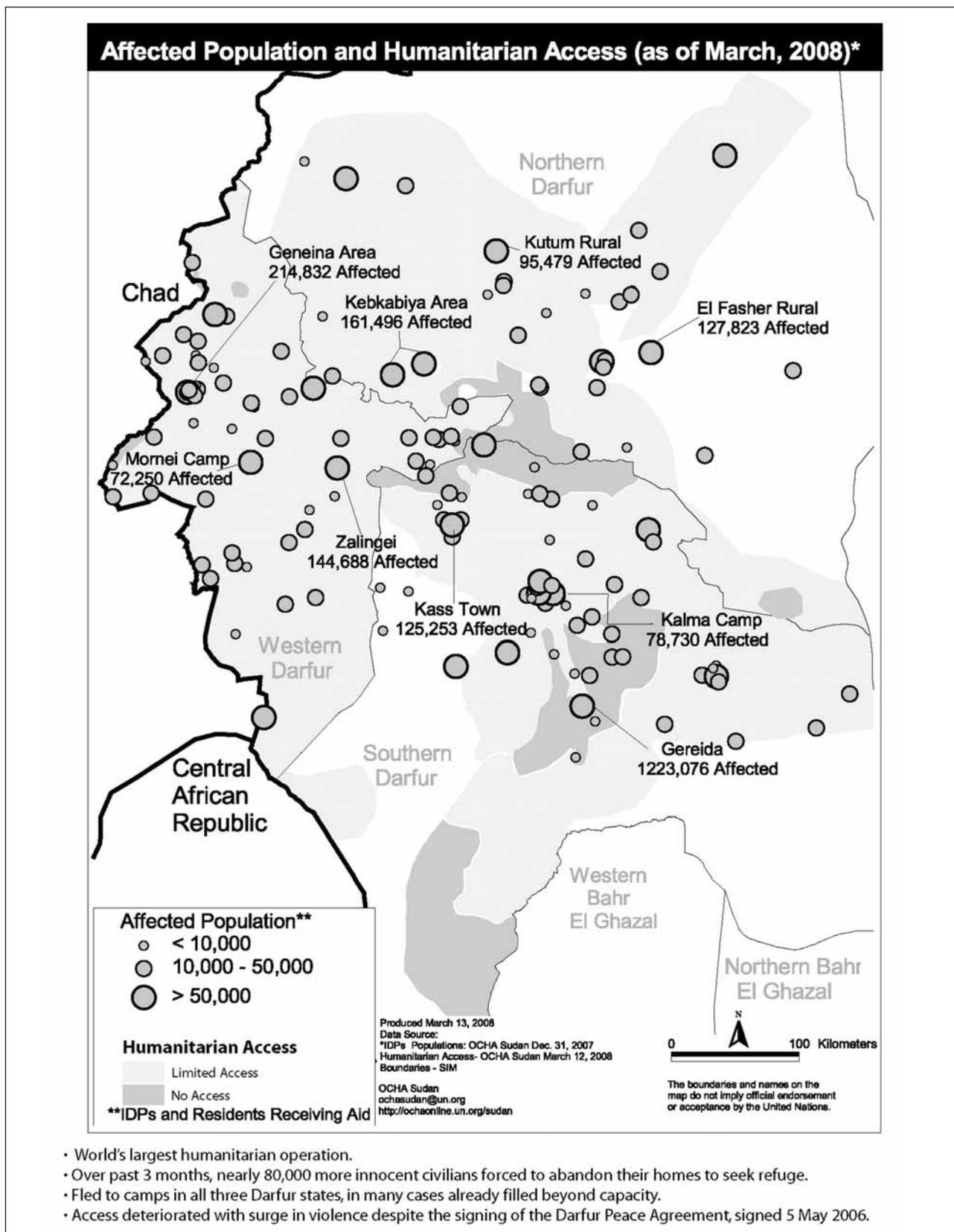
Petróleo en Sudán	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008
Producción total (miles de barriles/día)	68,6	187,0	210,8	240,5	271,9	344,8	352,3	380,4	470,0	570,0*
Reservas demostradas (miles de millones de barriles)	0,3	0,3	0,3	0,6	0,6	0,6	0,6	0,6	5,0	

*Estimación

Fuente (8/04/2008): "Short-term energy outlook, energy information administration, official energy statistics from the U.S. government", U. S. Government.

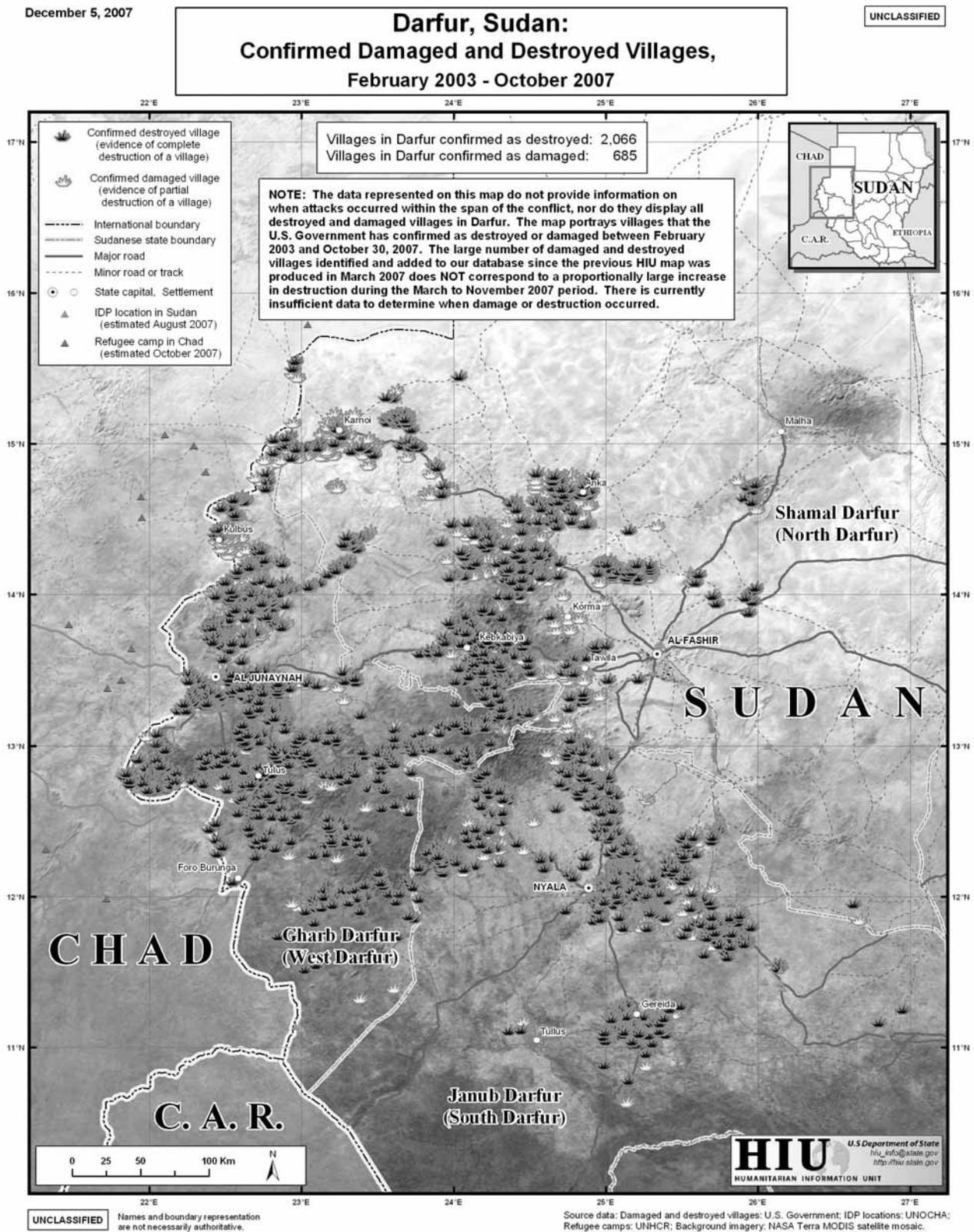
"Sudan energy profile, energy information administration, official energy statistics from the U.S. government", U. S. Government.

Mapa 1: Población afectada y acceso humanitario (marzo de 2008)



Fuente: (25/03/2008): Sudan-Darfur: Humanitarian Profile-March 2008, OCHA, United Nations.

Mapa 2: Pueblos destruidos o dañados en Darfur entre febrero de 2003 y octubre de 2007



Fuente: (5/12/2007): "Damaged and destroyed villages", U. S. Department of State.

Lista de Antropónimos, acrónimos, topónimos y otros términos utilizados en el Cuaderno¹

Antropónimos e instituciones:

Abdel Wahid Mohamed Ahmed Nur	John Garang
Abdu Abadía Ismail	Mahamat Nur
Abu Surrah	Martin Luther Agwai
Ahmad Abdeshafi	Minni Arkoi Minaui
Ahmed Ibrahim Diraique	Muamar Gadafi
Al Yazira	Musa Hilal
Babiker Mohammad Abdalah	Omar Hasán Ahmed al Bashir
Daud Bolad	Osama ben Laden
Failaka al Islamiya	Partido del Mahdi
François Tombalbaye	Régimen Umma
Gamal Abdel Naser	Sadam Huséin
Haile Mariam Mengisto	Sadiq al Mahdi
Hasán al Turabi	Salah Abdalah Gosh
Hissène Habré	Sali Al Nur
Idriss Déby	Salim Ahmed Salim
Jafat Mohamed al Numeiry	Tajammu al Árabi
Jalil Ibrahim	Yebel Marra

Tribus/milicias:

abala rizeigat	mahamid
bagara salamat	mahariya
beni halba	masalit
beni huséin	misiriya
danagla	murahlín
eregat	shaygiya
eteifat	taisha
fur	tama
gimir	uled zed
iraygat	yanyauid
jaalimyín	zagaua
mahamid	

Acrónimos:

ACNUR – Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
AGP - Acuerdo Global de Paz
AMIS - Misión de la Unión Africana en Sudán
APD – Acuerdo de Paz para Darfur
CIA – Agencia Central de Inteligencia
CNPC - China National Petroleum Corporation
ELPS - Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán
E/MLPS - Ejército/Movimiento de Liberación del Pueblo de Sudán

¹ Debido a que existen varios criterios para transcribir los nombres propios árabes a la grafía occidental, éstos aparecían citados de muy diversas maneras en los distintos documentos utilizados durante la investigación. Por ello, y para no confundir al lector, se ha decidido unificar estos términos siguiendo las recomendaciones de Alberto Gómez Font, arabista de la FUNDEU, a quien el IECAH agradece su desinteresada ayuda.

EUFOR Chad/CAR - Fuerza de la Unión Europea para Chad/República Centroafricana
FAS - Fuerzas Armadas Sudanesas
FDD - Frente de Desarrollo de Darfur
FIN - Frente Islámico Nacional
FLD - Frente de Liberación de Darfur
FROLINAT - Frente de Liberación Nacional del Chad
FUC - Front Uni pour le Changement
MINURCAT - Misión de la ONU en el Chad y la República Centroafricana
MJI - Movimiento de Justicia e Igualdad
M/ELS - Movimiento/Ejército de Liberación de Sudán
MPS - Movimiento Patriótico de Salvación
OCHA - Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU
ONG - Organizaciones No Gubernamentales
OTAN - Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCN - Partido del Congreso Nacional
PMA - Programa Mundial de Alimentos
UA - Unión Africana
UE - Unión Europea
UNAMID - Misión de Naciones Unidas/Unión Africana para Darfur

Topónimos:

Abuya	Kalma
Abyei	Kasala
Arusha	Misteriha
Auzú	Ñala
El Fasher	Sirte (o Sidra)
El Sahel	

Topónimos en inglés utilizados en los mapas y tablas y su correspondiente traducción al castellano²:

Beja Country: Campo de Beya
Blue Nile Province: Provincia del Nilo Azul
Central African Republic (C.A.R.): República Centroafricana
Central Province: Provincia Central
Chad: El Chad
Khartoum: Jartum
Libya: Libia
Libyan Desert: Desierto libio
Nile: Nilo
Nomadic Transhumance Routes Police: Puestos de control de las rutas de trashumancia nómada
North(ern) Darfur: Darfur Norte
Northern Kordofan: Kordofán Septentrional
Northern Territory: Territorios del Norte
Nuba Mountains: Montañas de Nuba
Port Sudan: Port Sudán
South(ern) Darfur: Darfur Sur
Sudan: Sudán
West(ern) Darfur: Darfur Occidental
Western Kordofan: Kordofán Occidental

² No existen versiones en castellano de algunos de los mapas utilizados, de ahí que se utilice la versión en inglés y que se proporcione en este listado la traducción de los términos más utilizados.

Cuadernos publicados

- 1** **La acción humanitaria en la encrucijada. “Avanzando propuestas para reforzar la acción humanitaria en el siglo XXI”**, Francisco Rey Marcos, Laurence Thieux y Víctor de Currea-Lugo.
- 2** **El enfoque de la construcción de la paz y la prevención de conflictos violentos en el *Plan Director de la Cooperación Española (2005-08)***, Jesús A. Núñez Villaverde.
- 3** **Informe propuesta para la elaboración del apartado de Acción Humanitaria del *Plan Director de la Cooperación Española (2005-2008)***, Francisco Rey Marcos.
- 4** **La *Estrategia Europea de Seguridad* desde la perspectiva de la protección de civiles en conflictos armados**, Jesús A. Núñez Villaverde.
- 5** **Los recursos humanos en la acción humanitaria en España. *Panorama actual***, Ana Urgoiti Aristegui.
- 6** **La acción humanitaria desde la universidad española. *Análisis de experiencias y propuestas de actuación futura***, Juncal Gilsanz Blanco.
- 7** **Seguridad humana: recuperando un concepto necesario**, Jesús A. Núñez Villaverde, Balder Hageraats y Francisco Rey Marcos.
- 8** **Las prácticas de los actores humanitarios españoles en materia de evaluación y procesos de aseguramiento de la calidad**, Ana Urgoiti Aristegui, Véronique de Geoffroy y Francisco Rey Marcos.
- 9** **La política sectorial de construcción de la paz y prevención de conflictos violentos en las Oficinas Técnicas de Cooperación de la AECID. Caso de Estudio: El Salvador**, Iñaki Juániz Velilla.

